MORIR ES UN ERROR

PETER DEBRY



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

eb

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

38 — Desterrada de las estrellas — *Curtis Garland*
39 — En busca de un mundo nuevo — *Glenn Parrish*
40 — La amenaza del infinito — *A. Thorkent*
41 — Las momias — *Ralph Barby*
42 — Vampiro 2000 — *Curtis Garland*

PETER
DEBRY

MORIR ES UN ERROR

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 43
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES -
CARACAS – MEXICO

Depósito Legal B. 15.780 - 1971
Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

CAPÍTULO PRIMERO

Frank Briskin era considerado por las románticas como el prototipo del galán moderno, deportivo y algo brutal, pero noble en el fondo, pese a aparentes cinismos.

Para las mujeres experimentadas y cerebrales, Frank Briskin era el hombre primitivo en toda su fuerza y pujanza. El varón arrollador vistiendo prendas exclusivas y llevando en la diestra el periódico deportivo en vez de la quijada del hombre prehistórico.

Sin proponérselo, ostentaba Briskin un rostro agresivo, antipático, cuando no sonreía.

Sus compañeros de profesión le consideraban un buen muchacho, aunque «algo bestia, un tanto impetuoso y violento».

Frank Briskin había nacido en Boston, la ciudad más profundamente intelectual de Norteamérica.

Y después de un breve viaje a Chicago, tuvo Briskin la franqueza de asegurar que a su parecer, los bostonianos de ambos sexos, salvo contadas excepciones, eran solemnemente cursis.

Inmediatamente, en el medio ambiente de Briskin se comentó que no podía esperarse otra cosa de un muchacho que apenas si sabía leer y escribir.

Un muchacho que a los catorce años había sido «botones», a los dieciséis cargador del puerto y a los diecinueve entrenador profesional de un equipo de rugby.

Para convertirse desde sus veintidós años hasta sus

actuales veinticinco en un completo vago holgazán.

Los comentaristas más benévolos alegaban que un joven bruto, inculto como Briskin, con sólo dos años de primaria y habiendo viajado únicamente por dos meses a Chicago, no podía ser considerado un legítimo bostoniano.

Con desdén rogaban que se variase el tema de conversación, encogiéndose de hombros.

Encogimiento que parodiaba Frank Briskin porque tenía la juvenil esplendidez de reírse de la opinión de los que calificaba de asnos pedantes.

No tenía por qué explicar que, durante su estancia en Chicago, la suerte de su destino quiso que entrase en un garito.

Le confundieron con un provinciano y pretendieron hacerle juegos de manos con la baraja de póquer.

Briskin puso fuera de combate a tres individuos, que resultaron ser tres peligrosos elementos de una banda reclamada en diversos estados.

Briskin no llevaba arma alguna. Los tres maleantes sacaron rápidamente sus pistolas.

De nada les sirvió ante el ímpetu brutalmente demoledor del visitante.

La sección de choque del FBI le propuso a Briskin ser un agente más en Boston, un agente ultrasecreto, con un sueldo mensual con que nunca soñara.

Briskin adquirió fama entre los bostonianos de pendenciero y hombre de mal vivir. Pero el FBI se congratulaba de poseer un agente tan eficaz.

Hasta que apareció Jenny Tyler.

Jenny Tyler era el orgullo de Boston, donde la alta sociedad estimaba que la música era una imperiosa necesidad intelectual.

Jenny Tyler, la pianista nacida en Boston y universalmente famosa, daba aquella noche de junio un recital en la Opera.

No intervenía hasta la segunda parte, en la que actuaba como solista.

Alta y de arrogante figura, no daba la impresión de una nerviosa artista, aunque a menudo sus maravillosos ojos, de un verde claro, tuvieran como un alejamiento en la expresión, como si oyera voces internas.

En el intermedio, y antes de su actuación, dirigióse ella, acompañada del director de orquesta, al gran vestíbulo donde estaba el bar.

Vio por vez primera a Frank Briskin.

Las dos miradas chocaron como imantadas por el paso de una corriente íntima, a través del salón lleno de gente.

Jenny Tyler estaba acostumbrada a las miradas insolentes, que no le ocultaban que era hermosa y deseable. Sin embargo, la mirada de aquel desconocido, detallándola, la hizo estremecerse.

Volviendo la espalda, preguntó al director de orquesta:

—¿Puede decirme quién es aquel sujeto que no viste de etiqueta, sino de traje azul? El alto, rubio, que tiene aspecto de salvaje ansiando sangre humana.

—No hubiesen debido permitirle la entrada. Es un indeseable. Un vago sin recursos conocidos. Me

sorprende que haya venido.

—¿Por qué?

—Resulta difícil creer que pueda apreciar la buena música un inculto matón como Frank Briskin.

Por un espejo comprobó Jenny Tyler que Briskin seguía devorándola con claro apasionamiento, sinceramente primitivo.

Sin poderlo evitar, ignorando si tenía deseos de abofetearle o sonreírle, Jenny Tyler, al salir del salón, camino del escenario, clavó en él la fascinante esplendidez de sus claros ojos verdes.

Entró en el escenario, sonriente ante la salva de aplausos. Dejó de sonreír. En la segunda fila, en una esquina bajo los palcos del anfiteatro, ocupaba una butaca Frank Briskin.

Sentóse ella ante el piano, en espera de los compases que la invitasen a ejecutar la partitura de una de las más difíciles composiciones de Grieg.

Habitualmente serena, percibió que se estremecía. Sin necesidad de mirar, sabía que Frank Briskin la estaba contemplando casi con fanatismo de salvaje ante su fetiche.

Y, no siendo supersticiosa, constituía para Jenny Tyler una escalofriante emoción saber que el individuo que la había impresionado tanto, era precisamente Frank Briskin.

El hombre a quien ella debía anular, aplastar, haciéndole juguete de una venganza fríamente planeada.

CAPÍTULO II

Los dedos de Jenny Tyler pulsaban el teclado.

Pero su mente, mientras iban desgranándose los primeros arpegios, se remontó a un lejano episodio.

Ella era una bostoniana legítima, con sus convencionalismos, y sabía que si en su ciudad natal averiguaban su secreto, sería la ruina de su carrera.

Tres años antes, durante una gira artística, se había enamorado de un hombre enigmático, en Chicago.

Un hombre llamado Kirk Lorimer.

Había sido una atracción pasional repentina. Había empezado casi del mismo modo que aquella noche. Una mirada larga, íntima.

En secreto, y por espacio de quince días, los mismos de su permanencia en Chicago, fue un arrebato pasional el que la unió a Lorimer.

Tuvo que seguir la gira y marchó confortada con la promesa de que el misterioso Lorimer, que no quiso decirle cuál era su profesión, iría a reunirse con ella, una semana después.

Pero ya nunca más volvió a ver a Kirk Lorimer, su primer amor real.

Tuvo que efectuar indagaciones muy laboriosas, porque tenía que velar por su reputación.

Y sólo al cabo de dos años y medio lo supo todo. Kirk Lorimer era un jugador profesional y jefe de una pandilla de pistoleros.

Kirk Lorimer había muerto en una cama de hospital, destrozado por la paliza que le propinó un visitante fortuito del garito.

Un visitante que repelió la agresión de Lorimer y dos de sus matones.

Supo que el autor material de la muerte de Lorimer se llamaba Frank Briskin.

Su mente artística ideó las peores venganzas para cuando hallase la pista del desconocido Briskin.

Por eso, cuando, en el salón, el director de orquesta pronunció el nombre odiado, tuvo ella que recurrir a toda su presencia de espíritu para no exteriorizar su sobresalto.

La melodía sinfónica seguía brotando de los hábiles dedos, mientras Jenny Tyler pensaba en que no le resultaría suficiente desquite ver morir a Briskin.

Briskin debía sufrir las mismas agonías que ella experimentó al saber que había muerto el hombre que fue su primer y único amante.

Su venganza sería especial, refinada, complaciéndose en imaginar la tortura mental de Briskin, que, al no poder demostrar su inocencia, se vería envuelto en una densa red.

Además, el destino la favorecía, ya que Briskin gozaba de mala fama en Boston.

Maquinalmente se levantó para corresponder con saludos a la ovación que acogió el final de su primer tiempo de actuación.

Evitó mirar hacia el hombre que ocupaba la butaca de la esquina izquierda, en la segunda fila.

Al término de su recital, abandonó el teatro en compañía de su tía, y en casa fue examinando las tarjetas que ilustraban los diversos obsequios.

Una de las tarjetas permaneció un largo instante

entre los dedos de Jenny Tyler, que iba dándole vueltas, pensativa.

La tarjeta con el nombre de Frank Briskin decía:

> *«Detesto la música que no puedo entender. Vine a admirar a la mujer divina que es melodía. Por vez primera adoro con frenesí. Me bastó verla para saber que nuestros destinos han de unirse. Hasta pronto.»*

La tarjeta acompañaba una cajita de celofán con una orquídea. Cogió ella la flor, aplastándola a taconazos.

El destino era su cómplice. No necesitaba buscar a Briskin. Este se le entregaba.

A la mañana siguiente, el teléfono repiqueteó sobre su mesita de noche.

Alzó el aparato, soñolienta, oyó la voz de su tía:

—Un empresario irlandés dice que necesita verte con urgencia. Ha telefoneado ya cuatro veces. No me he decidido a ponerte la comunicación interior, hasta ahora que son ya las once.

—Gracias. Comunícame con este impaciente irlandés.

Oyó el clic de la palanquita de intercomunicación exterior, y una voz áspera, bronca, preguntó:

—¿La señorita Tyler?

—Yo misma.

—Dígame dónde y a qué hora puedo entrevistarme con usted.

—Estaré en la terraza del *Tremont* a la una.

—A la una en el *Tremont*; gracias.

El desconocido cortó la comunicación.

Los empresarios no solían actuar así. Tuvo ella la certidumbre de que el comunicante era Frank Briskin.

Se esmeró en su arreglo personal. Fue una mujer inspiradora de toda clase de ensueños la que, sentada en la terraza del *Tremont*, supo dominarse.

Aparentó una serena frialdad cuando ante ella apareció el hombre intensamente odiado.

—Me llamo Briskin. Frank Briskin. ¿Me permite…?

Y sentándose al lado de la artista, aclaró:

—No soy empresario y si me cree un loco, no es merecedora del don de ser la gran Jenny Tyler, la magnífica pianista.

—Creo recordar que me envió una orquídea y una ridícula declaración de amor.

—Lo ridículo es que yo me haya enamorado como un colegial, así a primera vista, con la certeza de que desempeñará usted un gran papel en mi vida.

—Y su vanidad personal le hace suponer que yo estoy inmensamente emocionada y que le voy a escuchar con embeleso.

—Mi vanidad no está en juego. Es el presentimiento de que hemos nacido el uno para el otro, de que la pasión…

—Sin ser usted gracioso, me causa gracia. No es bostoniano, ¿verdad?

—Nací aquí, hijo de irlandeses.

—Comprendo. Muy natural su impetuosidad… Pero estamos en Boston. Tengo una doble reputación que

mantener. La de mujer y la de artista. No me disgusta oírle, pero aquí, en público, no me place.

—¡Magnífico! Aquel coche corre que es una delicia, y la llevo donde me diga.

—Usted es el que lleva el volante.

—¿Almorzamos en el *Mesón del Cabo*? Un lugar solitario, con vistas al mar, y la convenceré de que no soy, ni mucho menos, un supuesto conquistador barato.

—Al menos, reconozco que su desfachatez es original. Acepto su invitación porque me interesa que sepa que sus métodos podrán convencer a incultas camareras, pero no a una mujer de gustos refinados.

En el coche, cuando ya abandonaban la ciudad, comentó ella:

—Echo de menos su volcánica elocuencia, Briskin.

—Creo estar soñando. Esto no es un «Oldsmobile», sino una carroza del Olimpo arrastrada por corceles voladores, y usted es venus rediviva.

—Para poeta le sobra musculatura y su estética es demasiado agresiva. Me recuerda la de un pistolero que vi retratado en una revista sensacionalista. Había dado muerte a siete personas en el tiempo en que se tarda en vaciar un cargador, según comentaba el reportero.

—Las apariencias pueden engañar. Yo prefiero atenerme a los mensajes instintivos.

—¿Como, por ejemplo…?

—Ayer, cuando nuestros ojos se conocieron, oí perfectamente un secreto mensaje que me comunicaba: «Frank, ahí está la mujer que sin tú

mismo saberlo, esperabas.»

—Los míos me dijeron que me hallaba ante un engreído, antipático y dominante.

—Pues me lo dijeron acariciando.

—Cuenta la leyenda que la serpiente mira con cariño al ser que odia, antes de devorarlo.

—Me dejo devorar, y diré como el trovador: «Dame muerte, si antes me dejas conocer tu amorosa llama...»

Dos noches después, en una cabaña del bosque al norte de Boston, junto al río Charles, Frank Briskin, alelado, como un ser flotando en nube de incredulidad, era desarmado por tres agentes del FBI y conducido esposado a una celda.

La celda era una más de la galería donde se encerraban a los delincuentes peligrosísimos.

Los irremediablemente condenados a muerte.

CAPÍTULO III

En el paraninfo de la Universidad de Harvard, se aglomeraba la más selecta sociedad de Boston para escuchar la conferencia del doctor Lancaster.

Eliot Lancaster, alto, delgado y elegante, parecía tener fascinado a su auditorio.

En su rostro, calificado por los periodistas como de «máscara romana», destacaban los grandes ojos de expresión adormilada.

La voz era grave, persuasiva, acariciante. En la concurrencia predominaba el sexo femenino.

Los estudiantes que habían venido, indecisos entre admirar al científico famoso o burlarse de sus supuestas dotes hipnóticas, escuchaban atentamente, fascinados.

La conferencia versaba sobre la dinastía de los Borgia.

En especial, acerca de Lucrecia, de la que estaba diciendo el doctor Lancaster:

—Profundizar y sumergirse en la historia de los Borgia, es acudir a las fuentes originales de los archivos italianos, y de este modo contribuir a desvanecer la calumnia de envenenadora que pesa sobre la excelsa Lucrecia. Ella no fue una envenenadora. Era una época aquella, de alquimistas y nigromantes, nimbados de fama prodigiosa, que recetaban pócimas misteriosas para toda clase de males. Un célebre alquimista llegó a asegurar que morir era un error. Naturalmente, se refería a un error biológico, de desgaste no compensado.

Hizo una pausa para comprobar que cuantos le escuchaban estaban tensamente atentos.

—Eran muchos por entonces los charlatanes, pero también fueron muchas las recetas de extraños elixires que ningún científico moderno ha podido recomponer. Se atribuyó a los Borgia la propiedad exclusiva de la fórmula de la famosa *aqua toffana*, que al decir de los historiadores, permitía resucitar a los muertos.

La conferencia siguió sus cauces normales, y al terminarla, el doctor Lancaster, después de aceptar como algo debido los fervorosos aplausos, alzó una mano larga, flaca, de dedos musculosos.

—Debido a cierta campaña de prensa que califica de brujos modernos a los cirujanos que, como yo, pretendemos prolongar al máximo la vida humana, deseo disipar toda clase de supersticiones y demostrar que no hay brujería en nuestras manipulaciones de quirófano. Estoy dispuesto a contestar a cualquier pregunta sobre este tema.

Fue el rector de la Universidad quien, en primera fila, se levantó para preguntar:

—Ruego, doctor, que nos explique usted la maravillosa operación de trasplante de pulmones que verificó la semana pasada en la persona de nuestro honorable magistrado Humbert Lowell. Ha suscitado muchos elogios y críticas, por tratarse, según parece, del primer caso de trasplante de pulmones.

—Así es. Pero me limitaré a exponer el proceso operatorio. El caso patológico de Humbert Lowell era tajante, sin dilema. Sus pulmones estaban obstruidos por condensación de trombos y adherencias. Ante la

imposibilidad de una intervención normal, no cabía más que un recurso. Sustituir el órgano afectado. Diga, joven.

—¿Por pulmones de mecanismo artificial? —quiso saber el estudiante.

—En el caso Lowell era imposible hacer un relevo transitorio. Era preciso *ablacionar*; es decir, suprimir. Hubiese sido posible solamente la técnica del pulmón artificial, si Lowell hubiese estado en posesión de su otro pulmón en perfecto estado. Pero mi buen amigo Lowell, que por lo demás es un excelente ciudadano, estaba hecho una lastimosa calamidad, por lo que a pulmones se refiere.

—Cierto, cierto —confirmó el rector.

—Mis experimentos preliminares han sido prolongados, y finalmente pude en esta ocasión cambiar los pulmones enfermos de Lowell por otros sanos y perfectos.

—¿Humanos, doctor? —preguntó inútilmente una oyente, estremeciéndose.

—Naturalmente, humanos.

—Pero, ¿cómo fue posible? Quiero decir, ¿de dónde pudo usted obtener unos pulmones humanos… vivos…?

—Comprendo el alcance de su pregunta, señorita. Hasta el momento, el público se ha acostumbrado a la mención de trasplantes de corazón, ojos, riñones, tres órganos para los cuales ya existe no solamente la técnica de injerto y ligamentos, sino los Bancos adecuados de Órganos Anatómicos, con cotizaciones de oferta para los que voluntariamente nos leguen, al

morir, sus órganos en buen estado.

Hizo Lancaster una pausa efectista.

—Bien, ante la carencia de disponibilidad de pulmones, recurrí al único procedimiento posible. El señor Lowell no se avergüenza hoy en admitir que vive y respira gracias a los pulmones de un asesino.

El silencio fue opresivo en la nueva pausa que hizo el doctor antes de puntualizar:

—Desgraciada o afortunadamente, en Nueva York, en Chicago y en numerosas otras capitales, hay siempre un asesino que paga su deuda a la sociedad. Yo he obtenido que su muerte no sea simplemente un castigo, sino que, además, rinda un beneficio a la doliente humanidad. Naturalmente, nunca injertaré el cerebro de un criminal a un honrado ciudadano.

—Pero, doctor Lancaster, ¿cómo puede un órgano muerto suplir a uno vivo, por más enfermo que esté el vivo?

—La corriente eléctrica de la silla de ejecución, quema el sistema nervioso, el corazón y el cerebro, pero gracias a un elixir de mi creación, consigo retardar la muerte anatómica de los demás órganos, por un lapso de tiempo no superior a las dos horas después de la ejecución.

—Pero..., ¿los condenados a muerte aceptan... beber su elixir, doctor?

—Les es administrado en su última comida o bebida. Todos, sin excepción, por razones fisiológicas de sequedad en las glándulas de secreción salivar, piden siempre un cordial. Coñac, whisky, té, café... En el brebaje va mezclado mi elixir.

—¿Es acaso el *aqua toffana*?

—No, no. Y me apresuro a declarar que no es brujería. Mi elixir está siendo objeto de un estudio por la Academia de Medicina. No hay que olvidar que aquí, en Boston, tuvimos la buena costumbre de quemar en la hoguera a los brujos de ambos sexos, que entre otras costumbres perversas, parece ser que se dedicaban a pasear volando montados en escobas, las noches del sábado.

El doctor Lancaster era la viva imagen de un amable científico, rehuyendo todo sensacionalismo.

Adoptaba un talante humorístico agradable, para no extenderse ni profundizar sobre el fúnebre tema de los condenados a muerte.

Alguien insinuó:

—Entonces, ¿estaría usted próximo a alcanzar lo que predijo Nostradamus allá por el siglo catorce?

Lancaster sonrió ambiguamente.

—Excuse mi ignorancia, estimada señorita. ¿Qué fue lo que predijo el alquimista Nostradamus exactamente?

La mujer, con aspecto de iluminada, recitó:

—«De otro planeta llegará un ser que proporcionará a los terrícolas el don de la inmortalidad física».

—Primero, lamento desengañarla, por cuanto soy un vulgar terrícola, y mi planeta de procedencia es nuestra ciudad de Boston. Segundo, no puede llamarse Operación Inmortalidad, con mayúsculas, al hecho de conservar en vida algún órgano de un cuerpo muerto por descarga de alto voltaje eléctrico.

—¿Emplea su elixir con todos los condenados a muerte, doctor?

—Es condición primordial y esencial que estén en buenas condiciones de salud. Y es obligatorio que acepten firmar la donación de su cuerpo para experimentos científicos.

—Pocos aceptarán.

—¿Por qué lo cree así, señor?

—Son enemigos de la sociedad.

—Es posible, pero tengo la presunción de considerarme persuasivo hasta con el criminal más endurecido. Cuando se niegan a la primera sugerencia hecha por una autoridad legal, estoy facultado para hablarles, y, por lo general, logro convencerles.

Un estudiante preguntó:

—¿Ha aceptado el *Bestia de la Cabaña*?

Su pregunta fue acogida con un murmullo de cólera contra el asesino mencionado.

Frank Briskin había sido apodado así en Boston, después del crimen de la cabaña del río Charles.

—Lo ignoro, pero creo que pese a su repulsivo acto criminal, Frank Briskin no tendrá inconveniente en cederme su cadáver.

CAPÍTULO IV

En su celda de condenado a muerte, Frank Briskin paseaba de arriba abajo. Eran sólo ocho pasos muy cortos.

Habían sido necesarios cuatro atléticos guardianes para colocarle el cinturón de fuerza al esposado Briskin.

Un ancho cinturón con dos argollas a la espalda, donde estaban presas las muñecas del acusado.

Precaución que se tomó, no por estimar que Briskin estuviera loco furioso, sino por los arrebatos repentinos de su violento carácter.

Y porque había cometido un delito único en la historia de los tribunales, cuando fue llevado por vez primera a ser interrogado ante el juez, en audiencia a puerta cerrada.

A duras penas pudieron evitar que estrangulara al fiscal.

Cuando el acusador público le calificó de cobarde asesino, Briskin había derribado a los dos primeros alguaciles que pretendían cerrarle el paso.

Sus manos rodeaban ya la garganta del fiscal, cuando un policía logró, con la culata de su pistola, privarle de sentido.

Ahora, mientras daba sus cortos paseos como una fiera enjaulada, Frank Briskin seguía atormentándose con la pregunta que minuto tras minuto barrenaba su cerebro al recordar.

¿Por qué Jenny Tyler le había tendido aquella trampa infernal?

Abrióse la puerta.

En la celda entró el inspector jefe del grupo federal al que pertenecía Briskin. Venía acompañado por dos agentes.

Los tres miraron con reproche y visible desdén al que, hasta entonces, había sido otro agente federal más.

—He venido, Briskin, para notificarle que si la causa se vio a puerta cerrada, se debió, aparte de la naturaleza de su delito, al deseo natural de nuestro departamento de no tener que avergonzarse por haberle enrolado en sus filas.

Briskin dejóse caer sentado en su camastro.

Dijo secamente:

—Y yo me avergüenzo de haber pertenecido a su organización, porque he comprobado que son una banda de ineptos totales. Me he desgañitado proclamando mi inocencia. ¡Lo he jurado y vuelvo a jurarlo!

—No son precisas sus negativas ni su confesión, porque las pruebas son demasiado evidentes y condenatorias. Lo único que he venido a manifestarle, es que le consideraba por lo menos un hombre valiente y se comporta como un cobarde de la peor especie.

—Por suerte para ti, tengo las manos atadas, o de lo contrario, aun acompañado por tus dos pistoleros legales, te rompía yo el alma, si es que la tienes.

—Tu conducta es antipática a más no poder, Briskin.

—No estoy aquí enjaulado para asistir a un

concurso de simpáticos. Pretenden asarme vivo por un delito que no he cometido.

—He visto a criminales empedernidos ser más nobles que tú. Ellos, para intentar salvarse de la silla, no acudían a un recurso tan vil como el empleado por ti.

—Tu opinión no altera mi verdad…

—¿Verdad? Un recurso vil y necio, como el de acusar a una mujer honorable y por encima de todas sospechas comprobadas, como lo es Jenny Tyler. Y tú no has hecho más que repetir que ella te tendió una trampa infernal.

—¡Porque así fue!

—Se te ha preguntado el móvil. Ni tú mismo has sabido dar con un motivo razonable. Vamos a dejar aparte toda consideración personal. Nos atendremos exclusivamente a los hechos. ¿Pretendes aún sostener que Jenny Tyler mató a sus tíos en forma tan horrorosa, como demuestran las violencias a que fueron sometidos?

—Me resulta imposible creerlo, pero solamente pudo ser ella.

—La muerte de los señores Tyler tuvo lugar entre ocho y nueve de la noche, y a esta misma hora, la señorita Tyler estaba con unas amigas pertenecientes a la mejor sociedad…

—¡No digo que fuese ella, sino unos cómplices suyos! De no ser así, ¿por qué me acusa ella a mí?

—Lo que te acusa, Briskin, son tus huellas digitales en varios lugares de la casa de los Tyler, donde te vieron entrar a las ocho y veinte…

—Jenny Tyler me telefoneó para que fuese a recogerla a su casa.

—No tenías la menor relación con ella. Sí, es cierto que la abordaste en la terraza del *Tremont*, haciéndote pasar por empresario irlandés, como se desprende de las declaraciones del criado que oyó lo que le decía a ella su tía, dos días antes de su trágica muerte. Y por último, ¿cómo puedes explicar que Jenny Tyler apareciese cerca de la cabaña, atada, y con muestras de haber sido violentada?

El sentido común le impedía a Briskin dar convicción a sus palabras defensivas.

A él mismo le resultaba imposible creer que ella pudiera haber dado una muerte tan salvaje a sus tíos, a quienes era sabido quería mucho.

Existía además el robo de las joyas, del que le acusaban, alegando que las arrojó al río al verse cercado.

—Si yo hubiese robado las joyas, si yo hubiese asesinado, si yo, al raptar a Jenny Tyler como afirma ella, pretendía violentarla, ¿creen que me habrían cogido con vida? ¡Lárguense, por favor, lárguense!

El inspector y los dos agentes salieron.

Ya fuera de la celda, comentó el inspector:

—No está loco. Se comporta como un loco, pero no me inspira la menor compasión. Su criminal conducta es demasiado repulsiva. Los Tyler fueron asesinados en forma salvaje, infrahumana, con ensañamiento de fiera.

Frank Briskin se esforzaba en convencerse de que al acusarle, Jenny Tyler estaba loca.

Pero, sin embargo, la red en que le había envuelto era demasiado bien urdida para ser la acción de una desequilibrada.

Resaltaba que ella no podía haber sido la autora directa de los asesinatos, aunque esto no descartaba que pudiera contar con alguna complicidad.

Pero, ¿para qué, si no heredaba, si ella era infinitamente más rica que los Tyler?

Reconstruía constantemente los hechos, tratando de encontrar una explicación que nunca hallaba.

El mediodía en que comieron en un reservado del *Mesón del Cabo*, ella, al entrar el camarero, había permanecido oculta en el lavabo contiguo.

Al salir, afirmó que debía velar por su reputación y que no debía ser vista allí.

Después, Jenny Tyler dio claramente a entender que no había aceptado la invitación en busca de una aventura pasajera, sino extrañada por lo que parecía ser en él una pasión sincera.

Que estaba dispuesta a comprobar que no era un fugaz arrebato, y terminó rogando a Briskin que no la comprometiese, para lo cual, si debían volverse a ver, tenía que ser en secreto.

Preguntó que en caso de quererle ver, dónde podía llamarle, y que sobre todo no lo hiciese él.

Briskin entregó un horario, en el que de siete a nueve de la tarde apuntaba el teléfono de unos billares y de una bolera.

Ella prometió llamarle y abandonó el mesón con las mismas precauciones clandestinas.

Al anochecer siguiente, a las ocho y diez, ella le

llamó por teléfono, diciéndole que acudiese a su casa, que hallaría la puerta abierta.

Fue allá y permaneció a solas, esperando unos minutos. Sonó el teléfono, y como no había ni rastro de servidumbre, acudió.

Era ella, que con la misma alteración en la voz que en su anterior llamada, le daba cita en un paraje del río Charles, conocido por el *Bosque de la Cabaña India*.

Briskin, completamente enamorado, atribuyó todo aquel misterio al natural deseo de ella de no ser vista en compañía de un hombre que no gozaba precisamente de buena fama en la rígida sociedad de Boston.

Salió de la casa corriendo, deseoso de hallarse con ella lo antes posible. La cabaña estaba en las márgenes del río, y allí aguardó impaciente.

Al oír pasos, pensando que era ella por fin, se asomó.

Para verse rodeado por cuatro agentes federales, que sin darle tiempo ni a reaccionar, le desarmaron y esposaron.

Acusándole del rapto y violencias en la persona de Jenny Tyler, del doble asesinato bestial del matrimonio Tyler, y del robo de las valiosas joyas de la familia Tyler.

Y ahora era un reo inculpado de homicidios alevosos, con ensañamiento.

Ahora era un condenado a morir en la silla eléctrica, denegado su recurso en petición de indulto que había firmado rabiosamente.

Solicitó un careo con Jenny Tyler.

Le fue comunicado que ella estaba enferma de resultas del *shock* emocional de los asesinatos y su rapto.

¿Por qué había negado ella sus dos llamadas telefónicas y las citas en la casa y en la cabaña…?

La puerta de la celda chirrió al descorrerse una mirilla. La voz del celador notificó:

—Visita del alcaide, Briskin.

Era simplemente un funcionario, sin parcialidades, el que con tono total de indiferencia, participó al entrar:

—El Departamento de Justicia y Estado me ordena comunique al reo Frank Briskin, nativo de Boston, de veinticinco años de edad, soltero, que habiéndole sido denegada su petición de gracia, ha de precederse al cumplimiento de la sentencia de muerte a las cinco horas y quince minutos de la madrugada próxima.

Briskin se limitó a asentir en brusca cabezada.

—Es mi obligación también hacer saber al reo que, a partir de las dos de la madrugada, puede solicitar la compañía de dos celadores. Está dentro de mis atribuciones conceder al reo todo lo que solicite dentro del margen estatuido y legal.

—Suéltenme las manos, alcaide.

—Me está prohibido hacerlo, dado su temperamento agresivo, Briskin. Pero, por si desease escribir a familiares, dispondrá del libre uso de su mano derecha. Celador, libere la mano derecha del reo Briskin.

Pasaron unos instantes, y libre su mano derecha, continuó Briskin sentado en el camastro.

Expuso el alcaide:

—Puede solicitar la clase de bebida y comida que prefiera. Cuanto pida le será servido a las dos de la madrugada. Y por último, la Academia de Medicina le ruega firme este documento en el que...

—¡Váyanse todos al mismísimo infierno! Déjenme solo. ¡Es lo único que quiero!

La expresión del semblante de Briskin y su manoteo agitado hicieron que el alcaide manifestase:

—No recurra a violencias, Briskin, porque para nosotros sería molesto. Nos limitamos a cumplir un deber.

—Cumplido. ¡Fuera!

CAPÍTULO V

En su despacho, el alcaide anunció a su célebre visitante:

—Como suponía, se negó Briskin a firmar la donación. Está muy excitado, doctor Lancaster. Es el prototipo del criminal de instintos destructores.

—No se preocupe por mí, alcaide. Le hablaré.

—Por merecimientos tiene usted un derecho y una obligación, doctor. El derecho es que puede conversar cuanto quiera con los condenados, en su última noche, pero su obligación es salvaguardar su preciosa existencia en bien de la ciencia. Entrar en la celda de Briskin es sumamente peligroso.

—Eran muy peligrosos Fred Hamilton, Jim Barket y los demás a quienes acudí con idéntica finalidad. Y le estoy hablando, señor alcaide, lo cual, sin necesidad de ser científicos, nos demuestra que estoy vivo.

—Me agrada su buen humor, doctor Lancaster.

—Lo empleo como lubricante para afrontar los aspectos sórdidos de la vida. Bien, éste es mi elixir. Llevo también el frasco metálico de whisky con mi elixir, por si Briskin acepta, que lo dudo, mi invitación a beber. El brindis sería algo realmente muy dificultoso.

—Mi ayudante le acompañará, doctor.

—No es preciso. Conozco el camino. Bastará con este volante de libre acceso, firmado por usted.

A solas con su ayudante, comentó el alcaide:

—Es simpático y sencillo. La experiencia me ha demostrado que lo son todos los hombres

verdaderamente valiosos. Ir a proponerle a un criminal desesperado que ceda órganos de su achicharrado cuerpo, supone valentía en el doctor.

—Un poco cruel, ¿no? Me refiero a la petición, no al doctor.

—Los que como Briskin matan bestialmente para robar, no merecen ninguna contemplación. En cambio, lo que hace el doctor Lancaster es sublime. También hubo grandes protestas cuando se quiso impedir que para sus experimentos empleasen los científicos la vivisección, pretendiendo que torturaban a inocentes animalitos. Pero eso son sentimentalismos mal empleados. Una rata propaga mil epidemias. Es un ser dañino como Briskin. Justo es que sus muertes y sus cuerpos sirvan para algo.

—Yo, personalmente, creo que si en mi última noche me llegase un doctor, por más genial que sea, y me propusiera firmar una donación para disponer de mis pedazos… le haría pedazos a él.

—Afortunadamente, el doctor Lancaster tiene un extraño poder sugestivo, de hipnotización, que logra convencer al criminal más agresivo.

Frank Briskin ni siquiera alzó la cabeza cuando en su celda entró un desconocido.

Eliot Lancaster se sentó en el camastro de enfrente.

Gruñó Briskin al prolongarse el silencio:

—¿Quién es usted?

—Me consideran un hombre elocuente, Briskin, pero en estos momentos no hay palabras que puedan parecerle a usted dignas de ser escuchadas.

—Entonces, lárguese.

—Nada puedo hacer, Briskin, y, no obstante, creo que usted no es culpable.

Briskin alzó bruscamente la cabeza, con repentina ansiedad.

—Repito que nada puedo hacer, porque no soy más que un médico cirujano. Todas las pruebas contra usted son abrumadoras. La opinión pública ha encontrado pésima su actitud de acusar a una joven artista, mimada del gran público.

Los negros ojos de Lancaster, su voz, su presencia, poseían un extraño poder sedante.

Continuó:

—Tal vez algún día yo mismo esté en condiciones de demostrar que usted ha sido víctima de un error judicial. No le sirve de consuelo, lo sé. Pero le ayudará a enfrentarse con el último paso, el saber que yo puedo, algún día, por insobornable amor a la verdad, contribuir a su venganza. Usted es inocente, Briskin, pero yo no puedo aportar las pruebas precisas, ya que el tribunal supremo no admitiría mi simple convencimiento moral de su inocencia.

La voz de Briskin, habitualmente bronca, adquirió matices de sollozo truncado y contenido:

—Sea usted quien sea, gracias de todo corazón. Desde que caí en la infernal trampa, sólo he visto rostros acusadores que me ojeaban con repulsión, como cuando se mira a un monstruo.

La puerta estaba abierta. Por delante de ella desfilaba cada medio minuto un guardián, terciado sobre el antebrazo su fusil ametrallador.

Frank Briskin agregó:

—Acusar a una mujer dicen que es impropio de hombres, pero yo voy a morir, y hay una mujer que, con sólo decir la verdad, me hubiese salvado, y en vez de hacerlo, me condena, ignoro por qué, con su acusación. Yo no robé ni maté.

—He leído sus declaraciones escritas, Briskin. Usted estaba enamorado de Jenny Tyler, ¿verdad?

—Con tanta fuerza como ahora la odio. Y me conforta saber que, si hay una providencia, ella sufrirá las mil muertes que estoy pasando. Dígame, ¿cómo tiene el privilegio tan especial de venir a hablarme a solas?

—Son seis las veces que me han hecho la misma pregunta. En idénticas condiciones. Cuando expuse el motivo de mi vista, me llamaron buitre. Los dos últimos a quienes visité eran Fred Hamilton y Jim Barket. Seguramente leyó algo sobre ellos.

—Fred Hamilton era el enemigo público número dos, natural de Chicago. Mató a dos policías en su primera evasión. Después asesinó a un joyero y a su hija para robarles. Y Jim Barket, era por el estilo, si no peor. ¿Por qué le llamaron buitre a usted?

—Les pedía que me firmasen este documento.

—¿La donación? Oí hablar de esto. Oiga, doctor, usted me parece un hombre bueno. Yo le firmaré este documento porque ha prometido vengarme. Y porque es el primero que cree en mi inocencia. Traiga el papel y deme su bolígrafo.

No leyó Briskin el macabro documento.

Tras firmar, dijo:

—Quisiera escribir una carta a Jenny Tyler. ¿Se la

entregará?

—Primero deberé ser autorizado por el alcaide, que no dudo consentirá. Tome este bloc y escriba cuanto quiera. Yo…, y perdone el detalle, he de esperar hasta las cinco y quince de la madrugada. Llámeme cuando quiera entregarme esta carta. ¿No tiene familiares?

—No. Felizmente para ellos me dejaron huérfano. En cuanto a otros parientes, viven en Europa y ni siquiera les traté personalmente. Gracias, doctor.

Una hora después, un celador entregaba la carta escrita por Briskin, al alcaide, que tras mirar al doctor Lancaster, sentado ante él, la leyó en voz alta:

«Jenny Tyler:

»Mis primeras líneas fueron una declaración de amor acompañada de una orquídea blanca la noche de tu interpretación de Grieg.

«Estas, mis últimas líneas, son para maldecirte y desearte las torturas mortales que estoy sufriendo. Ya no hallarás paz en el mundo, ni en el otro, si existe, Jenny Tyler. Eres incapaz de remordimientos porque eres pérfidamente maligna, pero hay por encima de nosotros un misterioso poder que te impedirá dormir apaciblemente.

»¿Por qué me tendiste esta trampa infernal? ¿Qué te hice yo? En las

noches cuando el viento aullé y llore la lluvia, acuérdate de mí, Jenny Tyler. Dentro de unas horas me ejecutarán porque así lo has querido. Moriré a las cinco y quince de esta madrugada.

»Y a partir de esta hora, si es cierto que las almas no mueren, permaneceré constantemente a tu lado, presenciando tu castigo, que ha de ser digno de ti. Vivo la hora en que la verdad es nuestra única y última compañera, Jenny Tyler. Te quise, y tal vez un rincón de mi corazón sigue amándote, pero todo mi ser se rebela, en impotente y cruel arrebato, maldiciéndote, perversa criatura, que ocultas bajo tu esplendorosa hermosura, un alma negra y hedionda.

«Acuérdate de mí, Jenny Tyler, cuando el viento grite mi pena sin consuelo humano, y cuando la lluvia llore lo que mis ojos enrojecidos en fuego se niegan a verter.

»Mis últimas líneas, mis últimos pensamientos, Jenny Tyler, son para desearte todos los infiernos humanos que vivo en mis últimos minutos.

»Frank Briskin.»

—Es un cinismo espantoso el de este individuo que persiste en acusar tan necia y malignamente.

¿Entregará esta carta a la señorita Tyler?

—Es la voluntad del muerto, alcaide, y es nuestra obligación respetarla. Además, ya que está demostrado que Jenny Tyler es plenamente inocente, ¿qué puede importarle ser maldecida por un asesino como Briskin? Quiere despedirse de mí. Iré. Es lo menos que le debo a quien no titubeó en firmar su donación anatómica, sin llamarme buitre.

Frank Briskin estaba totalmente abatido cuando entró Lancaster en su celda.

Aceptó el frasco metálico que le tendía el doctor.

—Es un whisky especial. Bourbon legítimo y añejo.

Briskin bebió un largo trago. Al devolver el frasco, dijo:

—Deseo que me jure que entregará mi carta a Jenny Tyler.

—Lo juro, Briskin. ¿Desea algo más?

—Que cumpla lo prometido, doctor. Adiós.

—Hasta la vista, Briskin. Sí. Le garantizo que hay otro mundo.

A las cuatro de la madrugada, Briskin había fumado dos paquetes seguidos de cigarrillos. A las cuatro y media bebió media botella de coñac y pidió café.

Dos celadores armados jugaban al ajedrez en el marco de la abierta cancela, aunque disimuladamente se alternaban en observar todos los movimientos del condenado a muerte.

A las cinco menos diez minutos, Briskin paseaba nerviosamente por la escasa anchura de la celda.

Seguía con el antebrazo izquierdo cogido en el

anillo del cinto de fuerza.

De pronto, saltando, derribó de un puñetazo a un celador, mientras se abalanzaba hacia el otro, alargando su única mano válida hacia la pistola.

Pero el celador esgrimió su porra de goma, con la que golpeó repetidamente la sien y nuca del agresor,

Briskin quedó tendido en el suelo.

El forense, llamado apresuradamente, acudió en compañía del doctor Lancaster.

El forense se arrodilló, aplicando el oído al pecho del yacente, a la vez que asía la muñeca inerte.

Alzó el rostro, manifestando:

—Está muerto, doctor Lancaster. ¿Quiere tener la bondad de cerciorarse usted mismo?

Eliot Lancaster se arrodilló, y tras unos instantes de auscultación, levantóse, sacudiéndose las rodilleras:

—En efecto. Un colapso cardíaco. No ha sido resultado de sus golpes, celador. Puede estar tranquilo. Mi colega y yo certificaremos que la muerte se debió a un colapso cardíaco.

El alcaide consultó telefónicamente al Departamento de Justicia.

¿Un condenado a morir en la silla eléctrica, debía ser instalado en ella, cadáver?

Eran las cinco y cuarto de la madrugada.

Le fue contestado que certificada la muerte natural, no había lugar a la ejecución.

En la furgoneta ambulancia, propiedad del doctor Lancaster, una robusta enfermera, secretaria particular para las autopsias, ayudó a dos celadores.

Introdujeron en el compartimiento la camilla con

el cuerpo sin aliento ni latidos de Frank Briskin.

La furgoneta, guiada por la enfermera, se puso en marcha, alejándose del lóbrego edificio.

No había amanecido aún.

Eliot Lancaster, sentado junto a la camilla, abrió con una lanceta alicatada, las crispadas mandíbulas de Briskin.

Vertió por entre los dientes el contenido de un frasquito.

Un líquido intensamente granate.

Después ajustó en torno a las muñecas de Briskin dos anchas cintas metálicas que conectaban con un maletín.

Abierto, mostraba un cuadrante con diales, amperímetros y otros instrumentos de medición eléctrica.

Fue bajando y subiendo alternativamente varias palancas. Pulsó botones.

La furgoneta ambulancia seguía su camino hacia la alejada mansión particular que en los páramos de Quincy, a diez millas de Boston, poseía Lancaster.

Amanecía, cuando en la solitaria mansión, Frank Briskin estaba tendido sobre una larga mesa, rodeados los tobillos, muñecas y el desnudo torso por anchas cintas metálicas.

Su atlético busto, subía y bajaba al compás de rítmica respiración.

CAPÍTULO VI

Los institutos de investigaciones científicas han invertido fortunas, inútilmente, para descubrir el método conocido por el «misterio indio peruano».

Es el proceso de momificación empleado por los Incas, antes y en los principios de la conquista española, mediante el cual reducían al tamaño de un puño las cortadas cabezas de sus enemigos.

Este método de momificación exigía ser efectuado en vida de las víctimas, cuando aún no había dejado de latir el corazón y la sangre circulaba por las venas.

Por su crueldad, tales métodos fueron perseguidos encarnizadamente.

Pero todavía persisten. En octubre de 1969, fueron halladas dos cabecitas reducidas por este sistema, en Oriente ecuatorial sudamericano, a orillas del río Bamba.

En la parte que era destinada a granero, en los altillos del edificio propiedad del doctor Lancaster, había varias habitaciones.

Tres de ellas poseían al exterior una combinación de cerrojos imposibles de abrir, aun para el más experto ladrón.

El ama de llaves, el jardinero y la criada al servicio de la morada particular del doctor Lancaster, no precisaban de los cerrojos para impedirles el paso a la planta alta.

No hubiesen ido por nada del mundo.

Si bien admiraban la gran ciencia de su amo, les parecían muy fantasmales, casi ultraterrenales, los

experimentos por los cuales se consideraba un alto genio científico al doctor Lancaster.

En la planta alta solamente entraban el doctor y su secretaria muy particular, la diplomada enfermera Lorna Parks.

En una de aquellas habitaciones, cuyo techo en cúspide dejaba ver las vigas y cuadernas, había un estante contra la pared.

En el estante había cuatro cabezas humanas.

Pequeñas, pero perfectamente moldeadas.

Ostentaban un rictus de sufrimiento.

Habían sido contempladas únicamente por el doctor, que las moldeó, y por su secretaria Lorna.

Eran cuatro cabezas reducidas a aquel tamaño por el procedimiento jíbaro, que tras muchos experimentos había descubierto el doctor Lancaster.

No había comunicado su descubrimiento, que le habría valido un gran renombre, a ninguna Academia de Medicina, por una razón especial.

Aquellas cuatro cabezas, cuando fueron de tamaño natural, estaban retratadas de frente y perfil, con un número de archivo en la sección de Justicia.

En la sección donde se hallaba la relación de los ejecutados en la silla eléctrica.

Cuatro asesinos que, tras haber bebido, sin saberlo, el elixir del doctor Lancaster, habíanse sentado en la silla eléctrica.

Formaron un polo humano que redujo el voltaje de iluminación en distintas penitenciarías.

Luego, pasaron a ser propiedad del doctor que se los llevó en diferentes fechas, pero en la misma

ambulancia, conducida por Lorna Parks.

Quedaron por fin tendidos sobre la misma mesa donde ahora respiraba, ojos cerrados, Frank Briskin.

Contemplado por la enfermera Parks con curiosidad científica y también con ojeada de mujer.

Al otro lado de la mesa, Lancaster miraba de vez en cuando la esfera luminosa donde una aguja vibraba a tenor de los movimientos ondulatorios de la sangre circulando por las venas de Briskin.

Comentó Lorna:

—Es un espléndido ejemplar varonil, Eliot.

—Espléndido, cierto. Y cuyo cerebro está intacto por cuanto no sufrió la menor descarga. El procedimiento tendrá que ser distinto al empleado hasta ahora.

—¿Por...?

—Mi elixir destinado a preservar del choque eléctrico, amortiguándolo, ha actuado sobre el caso siete, Briskin, produciéndole, al recibir los golpes en sien y nuca, un colapso falso que anticipó la presencia de los síntomas de muerte transitoria que mostraron los demás seis casos. Esta noche comprobaremos si Briskin reacciona a las corrientes *nebulae*, al igual que los otros seis casos.

—No te será difícil anular su cerebro.

—El caso Briskin es interesantísimo, querida. Más interesante que los dos recientes de Hamilton y Barket. Bien... Cada dos horas comprobarás que la corriente vibratoria cerebral penetra en el organismo de Briskin. Ahora, vayamos a desayunar. Tengo apetito, querida.

Lorna Parks era una fanática esclava de Lancaster.

Robusta, pero perfectamente proporcionada en su compacta carnación, Lorna poseía una gran semblanza con las matronas romanas.

Era insensible a toda influencia ajena, porque estaba entregada en alma y cuerpo a Eliot Lancaster.

Terminado el desayuno muy especial, ambos se encerraron en el despacho de la planta alta.

Sacó Lancaster un cofrecito que puso sobre la mesa iluminada por el foco de la lámpara extensible.

Abriendo la tapa del cofre, desparramó Lancaster su contenido sobre el lienzo de negro terciopelo.

Fulguraron las joyas.

Un aderezo de esmeraldas, un brazalete de rubíes, cuatro anillos con brillantes y perlas, dos collares de perlas y un broche de diamantes.

Había también dos relojes, una pitillera y un encendedor.

Pero la joya que Lancaster cogió con ademanes de contenido placer, fue un sencillo collar de platino que sostenía un gran diamante de reflejos azulados.

Lo hizo rodar entre sus largos dedos ágiles.

Mientras, Lorna encendía la llama de un crisol de fundición. Horas después, el oro y demás metales preciosos estaban fundidos en lingotes, y las piedras desengarzadas.

Abrió Lancaster un cofre fuerte disimulado en la pared.

Estaba dividido en estantes, como en las joyerías. Bandejas forradas de terciopelo negro destellaban mil fulgores.

Rojos matices de rubíes y jacintos, los verdes

siniestros de esmeraldas, berilos y turquesas, los blancos lechosos o azulados de diamantes y perlas…

Una expresión de intenso amor apasionado deformaba el semblante de Eliot Lancaster.

Respiraba jadeante, mientras en una bandeja iba incrustando en el terciopelo ocho rubíes, doce esmeraldas, dos brillantes y tres diamantes.

CAPÍTULO VII

La compañía de seguros Fanil Boston atravesaba un mal momento.

Su director intercambiaba impresiones con el mejor de sus agentes, Tony Jackson, que, a ratos perdidos, escribía novelas policíacas.

—Las piedras básicas de las joyas de los Tyler son ocho rubíes, doce esmeraldas, dos brillantes y tres diamantes, Jackson. Tendremos que desembolsar medio millón.

—Están dragando el Charles con todo esmero.

—No es tan fácil encontrar las joyas de los Tyler. Pudieron ser arrastradas por la corriente al mar. O se hundieron en el limo del fondo. O un pez se las tragó.

—No hay tiburones en el Charles.

—¡Hace un mes ya que se draga el río! Buzos especializados buscan las joyas de los Tyler. Nos cuesta un fortunón a la compañía. Y si este maldito Briskin hubiese confesado por lo menos si las arrojó al río, o las escondió en el bosque…

—Murió sin declarar qué hizo con las joyas. Murió esta madrugada, a las cinco y cuarto.

—Ya lo sé, y esto en nada nos ayuda. Escuche, viejo zorro…

—Soy todo oídos —declaró sonriente Jackson, que no había cumplido aún los veintiocho.

—Irá a visitar a Jenny Tyler. Ruéguela que nos conceda un plazo más. Unas semanas… Y usted dedíquese con plena concentración a este maldito asunto. Si encuentra el rastro de las joyas, le daré…

¡cincuenta mil dólares! ¿Trato hecho?

—Quiero comprar una granja cuyo primer plazo es de setenta mil.

—No sea abusador, caray. ¿Acaso no percibe un sueldo generoso? ¿Acaso sus novelas no empiezan a venderse bien?

—Esto es harina de otro costal. Soy un talento, como nos consta a los dos, y todo Boston proclama que Tony Jackson es un detective fenomenal en la mejor compañía de seguros.

—Bien, ¡setenta mil! Usted gana. ¿Tiene algún indicio?

—Tengo por lo menos la suerte de que podemos registrar palmo a palmo el bosque de la cabaña y sus riberas. Pero en estos dos últimos años han tenido lugar robos de joyas algo especiales.

—¿Por qué, especiales?

—El abecé de nuestro oficio es tener la esperanza de que un día u otro, las joyas reaparecen, ya que el ladrón las vende. Pero en los cinco casos que estoy estudiando por curiosidad, no hay rastros. Es como si las hubiera robado un coleccionista. Esta pasión es más fuerte que el propio amor lujurioso. Y además, en los robos que menciono hubo la misma violencia salvaje que en el caso de Briskin.

—Por favor, no me endilgue uno de sus malditos argumentos, Tony. ¡Vaya a ver a Jenny Tyler inmediatamente, hombre!

—Con verdadero placer, porque es lo que se dice guapa de verdad, guapa con rabia.

—Compórtese correctamente. La pobre chica

estuvo enferma.

Jenny Tyler vivía en un piso. Había abandonado la casa de sus tíos por recordarle demasiado la tragedia.

En el salón apareció ella. Vestida de luto, más delgada, levemente dilatados los verdes ojos.

Jackson, tras varias frases de condolencia, pasó a exponer el motivo de su visita:

—Como encargado de la recuperación de las joyas, puedo anticiparle que hacemos todo lo posible. Estamos dispuestos a entregarle el valor total de la póliza. Pero en este caso, como no ignora, al ser halladas las joyas, pasan a ser de nuestra propiedad.

Hizo ella un ademán evasivo, cansino.

Insistió Jackson:

—Supongo que preferirá recuperar sus joyas, que, mal tasadas, valen más del millón, sin contar los objetos poco valiosos, aunque sentimentalmente de gran valor para usted, como son la pitillera, el encendedor y los dos relojes. ¿Nos concede un mes más, señorita Tyler?

—Sí.

—Lamento tener que importunarla, pero si bien he leído cuanto se refiere al trágico caso, tal vez se me han escapado detalles que usted puede amablemente facilitarme. No soy policía, sino simplemente un investigador a sueldo de la Compañía Fanil Boston. Si la molesto, no insisto.

—Pregunte.

—Los hechos, por lo que he leído, pasaron así… A las ocho menos minutos de la noche, sus tíos subieron a sus habitaciones para vestirse, ya que iban a cenar a

casa de los Colbert, en cuya ocasión su tía luciría sus joyas familiares, dato que el criminal no ignoraba. ¿Es así?

—Así es.

—A las ocho y veinte, Briskin entró en la casa, saliendo minutos después. Usted, señorita, ¿puede repetirme sus movimientos? No me guía una curiosidad malsana, sino simplemente el deseo de obtener todos los datos posibles sobre el camino que recorrió Briskin desde que se apoderó de las joyas, hasta que fue apresado en la cabaña.

—A las ocho y minutos..., no miré el reloj..., y estando con unas amigas, me telefoneó la única doncella que estaba en casa. El resto de la servidumbre, tenía permiso para cenar fuera. Estaba ella muy excitada y me comunicó que al oír ruidos, había ido al cuarto de mis tíos, y ante el repentino silencio, entró. Estaba horrorizada porque ambos estaban muertos. Salvajemente asesinados. Me telefoneaba al borde del ataque de nervios que sufrió, desmayándose. Fui a casa directamente...

—Perdón si la interrumpo. ¿Por qué no avisó a la policía?

—En aquellos momentos no podía controlar mis nervios.

—Comprendido.

—Al desembocar en la calle Roylston, un coche me cerró el paso. Lo conducía Briskin, que ya otra vez me abordó fingiendo ser un empresario. Era fuerte, y antes de que yo pudiera oponer resistencia, me había llevado a su coche, con el que me condujo al bosque

de Charles. Me ató las manos tras la nuca. Perdí el conocimiento… No sé más.

—Fue una suerte para usted que su coche abandonado permitiese a la policía federal, alertada por la doncella, recuperada de su desmayo, dar con su pista.

—Así fue.

—Debo entonces deducir que las joyas fueron escondidas en el intervalo de tiempo que medió entre su desvanecimiento y la captura de Briskin. La cabaña estaba junto al río, pero pudo también Briskin esconderlas en el bosque. Aunque sea un consuelo muy relativo, esta madrugada a las cinco y cuarto ha dejado de existir Frank Briskin… Perdone por reavivar su pena.

Lágrimas abundantes inundaban los ojos de Jenny Tyler.

Cohibido, Tony Jackson se despidió.

En la calle pensó que los temperamentos artísticos tenían fama de ser extremadamente sensibles.

Sentóse en un bar para reflexionar sobre el medio más eficaz de encontrar las joyas Tyler.

A la media hora vio salir a Jenny Tyler.

Entre dientes, fue murmurando:

—Eres un animal. Estás maleado por tus novelas.

¿Por qué sospechas de esta chica? Todo cuanto hizo es natural. ¿Iba ella a matar a sus tíos? Está comprobado que era humanamente imposible. Además, está comprobado que los quería como si fueran sus propios padres. Y en cuanto al robo, ella es la más perjudicada, puesto que el collar de platino con

el diamante, era suyo, y estaba en el cofre de su tía, al igual que su collar de perlas.

El coche de Jenny Tyler ya no estaba a la vista.

CAPÍTULO VIII

Jenny Tyler, al volante, acudía a la cita.

Una cita que acababan de darle apenas se hubo marchado el agente de la compañía de seguros.

Por teléfono, una voz pausada, agradable, preguntó:

—¿Señorita Tyler?

—Yo misma. Dígame.

—Soy el doctor Eliot Lancaster, y tengo la pretensión de que habrá oído antes de ahora mi nombre.

—En efecto, doctor. ¿En qué puedo serle útil?

—Yo a usted. Esta madrugada recibí un encargo póstumo. Una carta para que le sea entregada en propia mano. Procede de Frank Briskin, ejecutado a las cinco y quince minutos.

—Bien, doctor. ¿Qué debo hacer?

Contenía ella el temblor de sus labios, mordiéndolos.

—Lo que prefiera. No puedo acudir a su domicilio hasta esta tarde a las siete. O a la hora que usted me indique. Ahora bien, si usted me lo ordena, quemaré esta carta cuyo contexto es poco agradable. Me la leyó el alcaide, expresando su deseo de que no se la entregase. Pero lo prometí a Briskin.

—¿Puedo pasar a recogerla, doctor?

—Indudablemente, señorita. Hasta mediada la tarde estoy en mi casa particular de Quincy. Es en el kilómetro seis de los páramos. No tiene pérdida.

Al volante, Jenny Tyler volvió a reconstruir sus

actos de la noche en que fueron asesinados sus tíos.

Recordaba que tras su entrevista con Briskin en el mesón, había pensado que era más difícil de lo que se imaginaba vengar la muerte violenta de Kirk Lorimer, el pistolero de Chicago.

Debía comprometer a Briskin.

El delito de violación en el estado de Massachusetts era castigado con catorce años de presidio.

Debía planear su venganza atrayendo a Briskin. El sitio más adecuado era el paraje del río Charles.

No tenía nada pensado definitivamente cuando a las siete y media se despidió de sus tíos, ignorando que era la última vez que los veía con vida.

A las ocho y cinco minutos estaba oyendo los últimos discos sinfónicos en casa de sus amigas, cuando la llamaron al teléfono.

La excitada doncella, en frases incoherentes, antes de desmayarse, le decía que sus tíos acababan de ser asesinados en forma horrorosa, con ensañamiento bestial.

Ella abandonó la casa de sus amigas, sin despedirse.

Por el camino, en su coche, guiando como una muñeca mecánica, frenó para detenerse ante una cabina telefónica.

Llamó a Briskin, limitándose a decirle:

—Te espero en mi casa, Frank. Encontrarás la puerta abierta.

Colgó, y lentamente condujo hacia la calle Roylston, donde desde otra cabina telefoneó a su casa.

—Frank, ¿eres tú?

—Sí, y aquí no hay nadie. Te estoy esperando…

—Nos veremos en la cabaña del bosque del río Charles. Allá te aguardo.

Cruzó su coche al aparecer el de Briskin, y descendiendo subió a su lado.

—¿Qué sucede, Jenny? Parece como si estuvieras alelada bajo el influjo de una pesadilla.

—No es pesadilla nuestra aventura, Frank. Vamos a la cabaña del bosque.

Pisando a fondo el acelerador, comentó Briskin sonriente:

—Estas artistas complicadas… Te quiero con toda mi alma, y con una pasión que nunca creí posible. Eres tan rara, Jenny…

—¿Estuviste mucho tiempo esperándome en casa?

—Unos minutos. ¿Por qué estaba la puerta abierta?

—La doncella me dijo que no la había cerrado.

—¿Por qué?

—Se le olvidó. Luego, tenía miedo de bajar a cerrarla.

—Y así era, ya que estuve a solas. Dime, Jenny, ¿tienes ya la convicción de que te quiero muy de veras?

—Es pronto aún.

El coche se internaba por la alameda del bosque, cuando ella colocó su mano sobre la zurda de Briskin.

—Para aquí, Frank. Vete a la cabaña. Yo me reuniré contigo.

—Pero, Jenny… Estás muy extraña esta noche…

—Mi temperamento, y también cierta vergüenza

porque me comporto contigo como una descarada… con esta cita…

Bajando del coche, protestó él:

—No es así. No puedes tener necios prejuicios, puesto que sabes que te quiero, y no como fugaz capricho, sino por toda mi vida. Además, es natural que no quieras que nos veamos en público, hasta que al compartir mi amor verás que no debes avergonzarte de mí, sino todo lo contrario.

—Creo que estoy marcada por un signo fatal, Frank. Me atraen los hombres misteriosos, cuyos semblantes parecen sugerir ideas criminales.

—Bueno, eso sí que es gracioso —rio Briskin.

—Vete a la cabaña, y no te impacientes si tardo un poco, Frank.

—No comprendo una sola palabra de tantos rodeos, pero obedezco. La espera se me hará muy larga, pero seré buen chico.

Alejóse Briskin, y al cabo de unos instantes ella bajó del coche, registrando los bolsos laterales y el portaequipajes.

Encontró un rollo de cuerda engrasada. Cogiéndolo fue a sentarse contra un árbol, a unos cincuenta metros de la cabaña.

Todo era penumbra en el frondoso paraje. Se rasgó la blusa con frenesí arañándose el cuello y pecho. Mordióse los labios hasta sangrarlos, mientras se rodeaba las muñecas con la cuerda.

Al pasar las muñecas atadas tras su nuca, tensó para afianzar los nudos. Y esperó. Esperó las lógicas reacciones.

Su coche abandonado, la doncella recuperándose y telefoneando a la policía.

Frank Briskin sería inculpado primero del doble asesinato, y cuando fuese hallado el verdadero culpable, sólo se mantendría la acusación de intento de violación.

Catorce años de presidio eran pocos para quien mató a Kirk Lorimer.

Pasaron minutos, y por fin vio unas linternas rodear la cabaña con sus focos.

Entonces gritó agudamente, y cerró los ojos.

Pasaron los días. Leyó que todo acusaba a Briskin como culpable de los dos asesinatos. Tuvo la idea de decir la verdad. Pero fue sólo una fugaz tentación.

Pasaron más días, y aquella noche no había dormido, imaginándose a Frank Briskin en su celda, viéndole en la silla, ajustados los electrodos a la pierna desnuda...

Dio un brusco giro al volante, evitando por milímetros chocar contra un poste indicador.

El indicador decía: «Páramos de Quincy».

Aun en pleno mediodía, los páramos emanaban una impresión de desolada tristeza. La neblina, la mansa lluvia, invadían el solitario lugar por donde surcaba la estrecha carretera.

Charcos, hoyos, arbustos raquíticos, arenas viscosas y algún que otro molino abandonado en el horizonte.

Un poste marcando el kilómetro seis, la hizo penetrar en el sendero que conducía a los artificiales verdores de los jardines que rodeaban la casona de tres

pisos del doctor Lancaster.

A cada lado de la abierta verja había una caseta donde, tirando de sus cadenas, dos dogos se alzaban sobre sus patas traseras aullando y gruñendo amenazadores.

Detuvo Jenny Tyler el coche.

Apareció una mujer de alta figura, rostro severo no exento de fría belleza, la cual, con un ademán, apaciguó a los dos dogos.

Hizo otro gesto invitando el coche a avanzar, y se encaminó a la escalinata del porche de entrada.

Cuando Jenny Tyler descendió, la mujer vestida de gris dijo:

—El doctor la espera, señorita Tyler. Sígame, por favor.

Jenny Tyler atravesó la terraza, el vestíbulo y entró en el despacho, donde poniéndose en pie Eliot Lancaster manifestó:

—No por tardías son menos sinceras mis condolencias, señorita Tyler. El triste suceso fue irreparable, pero el culpable ya está castigado. Siéntese, hágame el favor. Esta es la carta.

—¿Puede leérmela, doctor?

—Es un mensaje puramente confidencial.

—Usted me dijo que el alcaide se la leyó.

—Cumpliendo lo exigido por el reglamento. Esta carta contiene frases duras y poco agradables. Al leerlas le resultarían doblemente molestas. La dejaré unos instantes a solas.

Tendió Lancaster la carta y abandonó el despacho.

Fue a la habitación contigua donde, sentado en

una silla metálica, sujetos tobillos y muñecas por abrazaderas conectadas con un aparato transformador de energía eléctrica, Frank Briskin, ojos muy abiertos, permanecía rígido, sin expresión humana.

Ante él, Lorna Parks sostenía una copia de la carta.

El doctor fue pasando las yemas de los pulgares, lentamente, por las sienes de Briskin, a la vez que, persuasivo, ordenaba:

—Lee, Frank, lee en voz alta esta carta.

Ante la boca de Briskin, Lorna sostenía ahora un teléfono.

Regresó Lancaster a su despacho, bajo cuya mesa, pulsó la palanca comunicadora del dictáfono.

Resonó lentamente la voz característica de Frank Briskin, con áspera gravedad solemne.

Jenny Tyler parpadeó al oír la pausada voz del hipnotizado, invisible, llamándola:

—Jenny Tyler…

Ante ella, Eliot Lancaster, sentado, apoyados los codos sobre su sillón, juntas las yemas de los dedos, la miraba, quietos y silenciosos los labios.

Apartando la mirada de la carta, ella se llevó la mano a la frente.

La voz seguía hablando:

—«…No hallarás paz en el mundo ni en este mundo ni en el otro…»

Horrorizada, gritó ella:

—¡Doctor! ¿Quién está hablando?

—Usted acaba de hacerlo. Nadie más.

—«…En las noches cuando el viento aullé y llore la lluvia, acuérdate de mí, Jenny…»

—¡Doctor! ¿No oye? Pero, ¿qué... horrible...? ¡Lo oigo perfectamente...! ¡Es Frank Briskin!

—«...Moriré a las cinco y quince de esta madrugada...»

Levantóse ella, tapándose los oídos, al borde del ataque histérico. Miraba fascinada al doctor, cuyos ojos, intensamente negros, brillaban relucientes.

Del oculto micro seguía brotando la ronca voz áspera:

—«...permaneceré constantemente a tu lado...»

Cayendo arrodillada, gimió ella:

—¡Es Frank Briskin, lo es, sí!

—Frank Briskin ha muerto, señorita Tyler. Cálmese, por favor.

—«...Maldiciéndote, perversa criatura, que ocultas...»

En el suelo, sin sentido, Jenny Tyler temblaba epilépticamente. La voz de Frank Briskin cesó de hablar.

Lancaster, cerrado el intercomunicador, prodigó a la desvanecida sus atenciones.

Cuando ella en silencio, trémula, sentada en el suelo, contraía el hermoso semblante convulso por un miedo infrahumano, dijo Lancaster suavemente:

—Ha tenido alucinaciones. Cálmese, y cuide sus nervios. Viaje, distráigase.

Encerraba ella en su bolso la carta. La ayudó Lancaster a ponerse en pie.

—Disculpe, doctor, por este grotesco espectáculo. Ha sido sin duda un choque nervioso producido por la lectura de esta carta de un condenado a muerte.

Hablaba ella con entonación monótona, dilatados los ojos, como lejana la mente.

Al cruzar el umbral, cayó de nuevo sin sentido.

Al recuperarlo, solamente balbucía frases incoherentes, repitiendo las contenidas en la carta

Y que había oído pronunciar claramente a Frank Briskin.

«Crisis aguda de histeria y delirios», diagnosticó el neurólogo que, llamado por Lancaster, asistió a Jenny Tyler en el piso de ella.

Quedó Jenny Tyler en cama, al cuidado de dos enfermeras, relevándose.

CAPÍTULO IX

La luz artificial que surgía de las esquinas de aquella habitación era de blanquecino resplandor, levemente azulado.

Frank Briskin abrió los ojos.

Ignorando que despertaba por la enérgica acción del cinto que llevaba adherido a la piel, bajo la ropa.

Fue mirando lentamente en derredor suyo.

Su cerebro estaba enturbiado, torpe, tardo en asimilar.

Tenía la impresión de que su frente y caja craneana tuvieran una férrea rigidez, como si su cabeza estuviera presa en un casco ceñido.

Pasóse la mano por ella y sólo percibió el contacto normal de sus ásperos cabellos rebeldes.

Al deslizar la mirada por el estante, creyó ver cuatro figurillas denotando el mal gusto de quien las puso allí.

Cuatro cabezas de horrorosos muñecos.

Después, miró a las dos literas, donde sus ocupantes le contemplaban ceñudamente en silencio.

Intentó Briskin levantarse, pero sus piernas estaban envaradas.

Notaba un desmadejamiento muy parecido al que ya experimentó cuando tuvo un intenso ataque gripal.

Volvió a sentarse murmurando:

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Quiénes sois?

Los dos desconocidos miraban con fijeza estúpida, prietos los labios. Sus cráneos estaban rapados, y en el cuero cabelludo veíanse costurones.

Uno de ellos tenía rasgos afilados, cobrizos, denotando su no muy lejana ascendencia piel roja.

El otro, era de ancha faz brutal. Ambos tenían la clásica apariencia del criminal nato, lombrosiano.

Briskin pensaba con dificultad, como embotados sus sentidos. Le parecía que conocía a aquellos dos individuos, o que, al menos por razones ignoradas, había visto sus fotos.

Trataba de reflexionar sobre sus últimos actos. Y poco a poco, como en medio de una neblina, veía una celda, dos guardianes jugando al ajedrez, el reloj marcando las cinco de una madrugada...

Gimió:

—¡Hablad, por favor! ¿Quiénes sois?

Se abrió una puerta, y seguido por Lorna Parks entró el doctor Lancaster. Vestía de etiqueta y de sus hombros colgaba una ancha capa negra.

En la diestra llevaba un bastón de ébano, con puño de marfil.

—Buenas noches, Briskin. Veo que estás ya en uso de tus facultades mentales. Comprendo muy bien que experimentes un profundo asombro. Es natural. Y por ser distinto tu caso lo acusas más sensiblemente que tus dos compañeros. Ah, es cierto... No os conocéis... Te presento a Fred Hamilton —y con el bastón designó al de rostro ancho y bestial... y a Jim Barket.

—¡Hamilton y Barket! —gritó Briskin—. Pero, ¡si fueron ejecutados en la silla eléctrica!

—Exacto.

—Es una pesadilla. Es imposible...

—Atiéndeme. Briskin. No a modo de conferencia,

ya que nadie sabrá nunca esta especial rama de mis investigaciones, pero sí para ilustrarte sobre determinados puntos de tu futura vida, te aclararé todo lo que ahora te parece una monstruosa pesadilla increíble.

La voz del doctor Lancaster era tensamente escuchada por Jim Barket y Fred Hamilton, que avanzaban los cuellos, sin que de sus rostros desapareciese la expresión de brutalidad sin cerebro.

—Comencé la prueba de mi elixir con el ejecutado Garden... Ocupa el tercer lugar, a la derecha, en aquel estante.

La aclaración la hizo Lancaster señalando con la punta de su bastón una de las cabecitas.

—Por entonces mi elixir no estaba aún perfeccionado, y no consiguió preservar plenamente los órganos de Garden, que sólo vivió dos horas, siéndome imposible injertarle. Pude practicar con él tan sólo la reducción momificada. Puedes tocar aquella cabeza, Briskin. Palparás en seguida que ni es cartón ni porcelana, sino piel humana... Los profanos sienten repugnancia ante estas cosas.

Un horror sin nombre, un pánico primitivo alentaba en Frank Briskin, incapaz de moverse, mientras el doctor seguía hablando en tono amable, de conferenciante.

Encuadrado por la silenciosa presencia de Lorna, y la muda tensión estólida de Barket y Hamilton.

—Otros nuevos ensayos en tres siguientes ejecutados me permitieron perfeccionar el elixir. Pude injertar órganos a personas enfermas, pero me fue

imposible hacer sobrevivir a los tres ejecutados.

Su bastón señaló a los dos ex ejecutados.

—He sido mucho más afortunado con Jim Barket y Fred Hamilton. El elixir actuó como confiaba, envolviendo sus neuronas vitales en una especie de funda protectora que amortiguó la descarga eléctrica. Naturalmente, tuve que operar con injertos vivos, en algunos órganos disminuidos... Bien, esta materia científica que trato de exponerte comprensiblemente no te interesa. El caso es que tanto Hamilton como Barket saben perfectamente que gozan de vida gracias a mí.

El puño del bastón tocó el pecho del que hablaba.

—Yo corregí en ellos el error de morir. Y ahora saben que no pueden huir porque caerían en manos del primer policía que les reconociese. Y saben que no pueden huir porque están ligados a mi poder no sólo hipnótico, sino basado en los isótopos, o elementos radiactivos que mantienen con vida sus cerebros gracias a su nexo de unión con mis constantemente perfeccionados medidores de tensión eléctrica. Jim Barket y Fred Hamilton contestan solamente a mi voz y obedecen solamente a mis órdenes. Esta misma noche lo presenciarás, Briskin. Paso ahora a explicarte tu caso.

Un frío sudor bañaba el cuerpo entero de Frank Briskin.

Aquella pesadilla viviente era tanto más atroz cuanto que el decorado era de impresionante y lúgubre irrealidad.

Aquellas cuatro cabezas reducidas. Los rostros de

Hamilton y Barket. La voz del que hablaba como si expusiera un hecho vulgar y corriente…

—Tú, Briskin, bebiste mi elixir, destinado a anular los efectos de la poderosa descarga eléctrica que pasaría por tu cuerpo a las cinco y cuarto de la madrugada, dándote por espacio de minutos la apariencia de una muerte total. Pero no fuiste a la silla eléctrica y por esta razón tu caso es distinto al de Barket y Hamilton. Ellos escuchan, pero no oyen mientras yo no actúe sobre sus reacciones eléctricas. Cualquier profano que nos oyera se reiría, ya que siempre ha sido privilegio del estúpido que no entiende algo, rebuznar.

Rio Lancaster suavemente, antes de añadir:

—Tú no te ríes, Briskin, y eres el primer hombre que tiene el honor de ser parte activa en mis experimentos, dándote cuenta de ello. Tienes tu cerebro intacto. No ha sido preciso injertarte, por cuanto no sufriste descarga quemadora. Pero sabes también ahora que estás sometido a mi mandato, porque te he ido administrando el tratamiento eléctrico radioactivo. Tú, Briskin, me obedecerás ciegamente, y no apelo a tu gratitud por estar con vida, ya que hace tiempo desistí de esperar gratitud de los humanos.

El bastón del doctor tocó de puntera en el pecho de Briskin.

—Hamilton tuvo un arrebato de locura y pretendió huir. Ignoraba que todos sus pasos eran reproducidos en el goniómetro localizador. Jim Barket, que esta noche actuará, te ilustrará, Briskin, sobre una gran

verdad. Me pertenecéis en cuerpo, alma y cerebro.

Briskin tenía una confusión mental espantosa.

Recordaba ya perfectamente que faltando minutos para que fuese llevado a la silla eléctrica, quiso morir de otro modo más rápido, abalanzándose para coger la pistola de un celador.

Su último recuerdo sensorial era un impacto en la cabeza. Después, nada más.

Y ahora solamente oía la voz del que, apoyando su bastón sobre el pecho de Jim Barket, el de facciones indias, le decía:

—Esta noche trabajarás, Barket. Mi enfermera te ha incrustado en la mente, detalle por detalle, lo que has de hacer. Pero vas a repetirlo contestando a mis indicaciones. Jim Barket, ¡en pie!

Lentamente, con pesadez rígida de autómata, Jim Barket se levantó, fijos los ojos en las negras pupilas de Lancaster.

—Jim Barket, ¿qué sucedería si te atraparan vivo?

Pese a su tono bajo, la voz de Barket surgió estridente:

—Si me atrapan vivo, me llevan a la silla eléctrica.

—Barket, esta noche a las once y cuarto, te conduciré a la casa de campo de los Wallace. Cuando desciendas del coche, ¿qué camino debes seguir?

—Saltar el seto posterior. Llegar al invernadero, pasando a la bodega, en cuyo montacargas subiré al piso alto. En el tercer umbral entraré. Los Wallace dormirán. Cogeré la caja de joyas que guardan en el cofre que está tras un cuadro que representa un lago con cisnes.

—Si los Wallace despiertan… —insinuó Lancaster.

—Si los Wallace despiertan tengo que matarlos, porque si me identifican iría a la silla eléctrica. Debo matar a todos los que puedan presentarse, porque si me reconocen, iría a la silla eléctrica. Y debo matar sin ruido, sin pistola, con las manos y el cuchillo. Regresaré por el mismo camino. Para nada me quitaré los guantes.

—Muy bien, Barket. Colócate los guantes.

Volvióse Lancaster para mirar a Briskin.

—Pareces la imagen viva del terror, Briskin. Todavía existe algo de sensibilidad en ti. Tendremos que aumentar el tratamiento radioactivo. Grábate en el cerebro esta verdad. Separarte de mi lado es ir a una muerte segura. No hablo de la policía, sino del tratamiento al que estás conectado. Vas a venir conmigo, ahora, en el coche, para que compruebe que, llegado el momento, actuarás como lo hará esta noche Barket en casa de los Wallace, y como hace bastantes noches, actuó Hamilton en casa de los Tyler.

Aguardó Lancaster un instante.

Briskin no presentó el menor síntoma de reacción.

—Mis relaciones sociales me permiten saber dónde se guardan las joyas que me interesan, así como los movimientos de sus dueños y servidumbre. Fue un azar infortunado el que te hizo ir a casa de los Tyler, precisamente después del paso de Fred Hamilton. También es posible que más que un azar, fuese el aprovechamiento del paso de Hamilton por alguien que quiso vengarse de ti. Jim Barket, quítate los zapatos.

Esperó un momento, viendo cómo el pistolero cumplía su orden.

—Es para que no dejen huellas identificables, aunque ni el más penetrante de los policías podría llegar a la absurda conclusión de que Barket pasó por casa de los Wallace, del mismo modo que ni Sherlock Holmes redivivo podría descubrir que fue Hamilton el que visitó al matrimonio Tyler.

A espaldas del doctor, habló Lorna en voz baja:

—Creo que Briskin no está plenamente sometido.

—Lo está. Plenamente. Por las dosis masivas de isótopos y por magnetización. Acompaña a Barket al coche, Lorna, Ahora bajaremos Briskin y yo. ¡Barket, acompaña a mi secretaria!

Jim Barket, pies desnudos y enguantado, bamboleóse como un orangután, siguiendo los pasos de Lorna.

Fred Hamilton continuó sentado en su litera, fijos los ojos en Lancaster, que con su bastón apartó el vuelo de la capa para introducir la mano izquierda en el bolsillo del pantalón.

Sacó una pistola que tendió a Briskin, quien, alelado, la cogió.

—Esta pistola está cargada, Briskin. Y tú estás hipnotizado con la ayuda de graduadas corrientes especiales. Harás lo que te mando. Deseas apretar el gatillo, pero no puedes y no lo harás, porque yo te lo prohíbo, yo te lo prohíbo…

Extendidos los brazos, abrió las manos Lancaster. Había dejado el bastón sobre la mesa.

Fue girando las palmas ante el semblante de

Briskin.

El estado de aniquilamiento nervioso y su mente que no acertaba a vencer el pánico ante lo monstruoso, hicieron que Briskin, convulso, encañonando a Lancaster, sintiera que su índice derecho estaba agarrotado.

Fue bajando lentamente el arma.

—Muy bien, Briskin. Ahora vamos a reunimos con Barket. Será un paseo instructivo y conveniente.

En el garaje, con el motor en marcha, un «Chevrolet» aguardaba. Atrás se sentaban Lorna y Barket.

Instalándose tras el volante, hizo Lancaster una señal, y obedeciendo, se sentó Briskin a su lado.

La noche sobre el páramo era lóbrega y nubosa. De vez en cuando, un relámpago surcaba el negro cielo.

—Lluvia próxima —comentó Lancaster, pisando el acelerador.

Briskin trataba en vano de coordinar su normal raciocinio. No le cabía duda de que el hombre sentado a su espalda era Jim Barket.

Le había visto en múltiples fotos, y también, en dos ocasiones, personalmente, durante el proceso. Y también había leído los pormenores de su ejecución.

La frialdad de la enfermera, la amabilidad del doctor, todo contribuía a crear en torno suyo un ambiente opresivo, irreal, y, sin embargo, todo era cierto.

Estaba plenamente convencido de que gracias a sus descubrimientos, rayanos en brujería, Lancaster tenía poder para dominar a su voluntad al que había

sometido a tratamientos complicados, mediante injertos en trasplantes.

Pero él no había sido electrocutado ni injertado.

Debía luchar para recuperar su libre albedrío. ¿Su libre…? Escapar equivalía a sumirse en la atormentada existencia de un ser declarado muerto legalmente, pero que de ser apresado, volvería a ser encerrado como criminal.

Un relámpago más luminoso que los anteriores incendió en livideces el desierto páramo.

Lentas, comenzaron a caer gruesas gotas, repicando sobre el parabrisas.

—Mala noche —comentó Lancaster.

A instantes, veía Briskin reflejado en el parabrisas, cuando un relámpago precedía el estampido del trueno, el rostro de Lancaster, blanco, como si fuera de cera o de vampiro…

De pronto, otro relámpago pareció iluminarle el cerebro.

¡Jenny Tyler!

Debía buscarla, obligarla a confesar. Sí, ella que fue su perdición, iba a ser ahora, por la fuerza, su salvación.

Tenía que huir, huir…

CAPÍTULO X

El sendero del páramo parecía vibrar penetrando por la escasa vegetación que bordeaba el mar.

Oíase el fragor de las olas batiendo en la base de los acantilados.

Tenía que huir, pero algo paralizaba sus músculos. Era indudable que estaba sometido a un extraño poder dominante. Le era imposible vencer la idea de que los negros ojos del conductor poseían un misterioso poder ultraterreno.

—¿En qué piensas, Briskin? ¡Contesta!

—Tengo que buscar a Jenny Tyler.

—Yo te ayudaré. Pero ahora piensa únicamente que estás vivo gracias a mis poderes. Piensa en esto.

—Pero... Barket va a matar...

—Tu cerebro rebosa confusión, Briskin. Tienes que comprender que he destruido tu facultad de pensar por ti mismo.

El coche avanzaba por la carretera que ahora, a escasa distancia del mar, pasaba de trecho en trecho, ante casas de campo señoriales.

Llovía con fuerza, y el viento hacía ondear las ramas, ululando por entre ellas con silbidos agoreros. La tormenta batía de pleno sobre el campo del litoral.

Briskin pareció despertar de un letargo cuando el coche se detuvo a un lado de la carretera, tras penetrar por un camino.

—Barket... Este es el seto que vas a saltar. La noche te favorece con sus ruidos. Dale el cuchillo, Lorna.

La enfermera abría la portezuela. Jim Barket

descendió, posando los desnudos pies en el fango.

En la enguantada diestra empuñaba un largo cuchillo. Su ceñuda expresión era inhumana.

La voz persuasiva de Lancaster repetía:

—Nadie debe verte, Barket, nadie debe verte...

Un relámpago zigzagueó con agudo resplandor. Redoblaron los gigantescos tambores del trueno.

Como galvanizado, Briskin empujó la portezuela, saltó fuera, y sus dos puños se abatieron con fuerza contra la sien y la nuca de Jim Barket.

Resonó imperiosa la voz de Lancaster:

—¡Alto, Briskin! Lorna...

Poseído de un furor agresivo y a la vez de un pánico indominable, Briskin propinó varios puntapiés a Barket que, tambaleándose, intentaba acuchillarle.

Al acercarse Lorna, Briskin fue a golpearla, pero Lancaster, extendidos los brazos, clavaba en él sus negras pupilas relucientes.

Tapándose los ojos, Briskin emprendió ciegamente una veloz carrera.

Saltaba enloquecido, huyendo de lo incomprensible y monstruoso. Atravesando a lo ancho la carretera, corrió hacia el litoral.

Lorna Parks atrajo, arrastrándolo, al desvanecido Jim Barket, depositándolo en el coche.

Lancaster dio marcha atrás. Los potentes focos, al desembocar en la carretera, iluminaron la franja peñascosa del litoral por la que corría Briskin.

—Está muerto, Eliot —anunció fríamente Lorna, cuya mano reposaba sobre el parado corazón de Jim Barket—. Y Briskin escapa.

—No irá lejos. Y donde vaya, el goniómetro nos lo indicará.

Al borde del acantilado, Briskin miró el fragoroso mar allá abajo, a unos cincuenta metros de profundidad.

Oyó, acercándose, la voz persuasiva, dominante, embrujadora:

—Briskin, vuelve. Vuelve, Frank, o morirás. Estás sometido a un tratamiento que si cesa supondrá tu...

Un trueno acalló la voz del que se acercaba.

El viento agitaba la negra capa a espaldas de Lancaster.

Como dos grandes alas negras de murciélago infrahumano o ultraterreno.

Cerrando los ojos, Briskin saltó al abismo.

Lorna Parks hizo entrar el coche por la pedregosa senda. Desde la altura, los focos recorrieron el agitado mar, cuyo oleaje mugía estrepitoso.

No se veía más que remolinos y espuma.

—Si encuentran a Briskin, estás perdido, Eliot. Ya te dije que a mi entender...

—¡Calla! Si Briskin se salva, no irá a la policía. Y volverá, volverá. Pero si muere ahogado, tendremos tiempo de ponemos a salvo. Debí suponer que era algo arriesgado sacarlo.

—Demasiada fe en ti mismo, Eliot...

—Si descubren su cadáver ahogado, siempre me queda el recurso de decir que me robaron el cadáver. Y si se salva, su cinto nos dará su situación, cuando el agua no forme aislante.

—Es verdad. Sería mejor que se salvase, pero no

podrá. El mar está demasiado alborotado.

—Volvamos. Nos podrían ver por aquí.

De regreso por el páramo, dijo Lancaster:

—Tendremos ahora que preparar a Hamilton para ir a casa de los Wallace, y esperar la ocasión propicia. Tan pronto sepa por el goniómetro dónde está Briskin, morirá.

En el mar, Briskin, revividos sus músculos por el afán de escapar, nadaba vigorosamente.

Una fuerte corriente le arrastraba, y frecuentes oleadas le sumergían.

Tenía que alejarse de aquellos faros que registraban las olas. Tenía que huir de aquel misterioso ser demoníaco.

¡Tenía que encontrar a Jenny Tyler!

Sus brazadas iban teniendo cada vez menos vigor.

No poseía la menor noción del paraje costero en que se hallaba, ignorando si pertenecía a Boston.

Luchaba contra el vaivén que le zarandeaba, y de pronto, algo oscuro, enorme, apareció muy cerca.

Pensó en algún cetáceo. Era una embarcación a la deriva, que debía haber roto sus amarras en la playa.

Tras varios intentos fallidos, logró encaramarse en ella, cayendo agotado al fondo.

La barca bandeaba al garete, sacudida por la tormenta.

Las anchas olas, encrespadas, agitadas por el ululante vendaval, formaban repentinos penachos que vertían cataratas en el interior de la embarcación.

De cuando en cuando, el restallido del agua barría de un lado a otro al ocupante de la canoa, y al saltar

de nuevo al exterior, sacudía el cuerpo de Briskin.

Pero su extenuación era completa, impidiéndole cualquier reacción instintiva.

Los reflejos de conservación no actuaban, porque una desidia total era dueña de los laxos miembros del atlético Briskin.

En su desmadejamiento había abandono vital.

Vivir era un error.

Le estaba venciendo la desgana de vivir.

La noche aumentaba la sensación de total laxitud que alentaba en el alma de Briskin, que a intervalos de lucidez, intentaba vanamente coordinar sus pensamientos, buscando una cohesión que no lograba.

Imágenes fugaces se plasmaban por fracciones de segundos en su cerebro. Rostros...

La untuosa amabilidad del hipnotizador. La fría presencia del griego semblante de la mujer llamada Lorna.

El dulce perfil de una novia de adolescencia. ¡El hermoso semblante de Jenny Tyler!...

Morir... Le pareció muy agradable la idea de morir. Vivir era el error.

Resultaba agradable morir. Eso era. Estaba muriéndose, a solas, en una canoa que crujía al embate de las olas, desorientado, sin brújula.

Aumentó la furia de la galerna, cubriendo de densa neblina la canoa.

Una neblina giratoria. Como un sudario blanquecino que revoloteaba azotado por el viento mugidor.

Una luz cegadora invadió el minúsculo mundo

flotante donde estaba muriéndose.

Pensó que debía ser la luz que precedía en segundos al definitivo apagón que era la muerte.

Pero otra vez la misma luz cegadora le recorrió, atravesando las tinieblas aullantes.

Era una luz milagrosa, ultraterrena, incomprensible, como todo lo que le estaba ocurriendo desde que conoció a Jenny Tyler.

Era una luz que estallaba por intermitencias regulares.

Las opacas masas de nieblas seguían en sus fúnebres valses.

El viento adquiría a ratos una voz casi humana, y a otros semejaba el ladrido de un perro.

Briskin no podía percibir si llevaba horas, siglos o minutos en el mar. La oscuridad iba tornándose grisácea. Pero la proximidad del amanecer no era percibida por Briskin.

Tampoco podía darse cuenta que la luz misteriosa era el foco de un potente faro.

La torreta se destacaba en lo alto de una isleta a cuya costa se acercaba la canoa, empujada violentamente por el oleaje.

Iba rectamente hacia las agudas aristas de las rocas, batidas por el mar que mugía espantoso.

El viento se arremolinó, haciendo describir círculos sobre el mismo sitio a la canoa que iba destrozándose, crujiendo sus tablones al quebrarse.

Iba amaneciendo.

Pero el faro no terminaba su misión porque la niebla creaba una segunda noche, y la obligación del

farero era ayudar a los que, navegando por las cercanías, precisaban de un punto de referencia para alejarse de los peligrosos escollos.

El viento decreció, pero las olas encrespadas seguían zarandeando la lamentable ruina en que se había ido convirtiendo la lujosa embarcación de recreo.

Elevóse de pronto, alzada por la resaca de la ola que regresaba de su estéril ataque contra la roca inconmovible.

Coronó por unos instantes la cumbre líquida.

Con fragor de estruendo dirigióse vertiginosamente contra el acantilado de la isleta.

La misma ola halló en su camino otra, que de rechazo la hizo retroceder.

El impulso contrario hizo saltar a lo alto la canoa, como proyectada por un puño brotado del mar.

Desequilibrada, la canoa volcó.

Poco después se estrellaba y desmenuzaba en múltiples maderos astillados, reventando en su choque contra las rocas.

En el centro del remolino que formaban las olas en su ir y venir, flotaba Briskin.

A escasa distancia de las altas columnas de espuma que susurraban corriendo por las rocas de la isleta del faro.

Del agua emergían a ratos los cobrizos cabellos del condenado a muerte.

En su derredor sólo había olas y encajes de espumas.

Para Frank Briskin, el mundo reciente, infernal,

había dejado de existir.

Sin sentido, era un cuerpo abandonado al capricho del mar.

CAPÍTULO XI

La primera sensación física que percibió Frank Briskin fue olfativa. Un olor a tabaco de pipa.

Su segunda sensación fue una tibieza reconfortante, extendiéndose por su rostro. Abrió los ojos.

Estaba tendido en una litera semejante a la de los barcos. Desnudo desde la cintura, y apoyadas las espaldas en varios almohadones.

Junto a él sentábase un desconocido.

En un taburete, tendidas las piernas, fumando en pipa.

Un rostro ancho, con poblada barba en collar desde las sienes, afeitadas las mejillas y el bigote.

Se hallaba en una habitación clara, con cristaleras, por donde penetraba el sol, y a través de cuyos cristales veíase mar por doquier.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

—Está en el faro de Salem. Soy Tom Murray, farero, y dé gracias a que tengo una hija madrugadora, porque a no ser por ella, se traga usted toda la mar salada. Yo no podía abandonar mi torre, aunque le vi en la canoa. Mi hija Abigail le sacó del agua con la ayuda de una red de pescar, ayer por la madrugada.

—¿Ayer?

—Sí. Ha estado durmiendo de un tirón veintisiete horas. Ha bebido, sin enterarse, jugos de frutas administrados por tubo, por mi hija Abigail, que ha descubierto que tenía una gran vocación de nodriza. Oiga, usted es un tío fuerte, ¡vaya que sí! Otro no lo

cuenta después de tantos tragos salados.

—¿Tragos salados? —murmuró Briskin amargamente—. Usted es irlandés, ¿no?

—¡Vaya que sí! Y lo era mi buena costilla que en gloria esté, y lo es mi hija, y lo será el que se la lleve al altar.

La voz del farero era ruda, casi feroz. Y sin embargo, sentía Briskin algo extraño en la garganta al oírle.

Como un sollozo contenido.

Porque aquel era un hombre sencillo, de carne y hueso, sin ambigüedades.

—Oiga, muchacho, espero que no va usted a echarse a llorar. ¡No, por San Patricio! Un tío como usted, con estos bíceps y estas espaldas, me reventaría que gimotease.

—No puede saber... el infierno del que vengo.

—Ni quiero saberlo ni me importa. Cuando esté en condiciones de apañarse, se queda o se va, pero a mí no me cuente nada de nada. Es cuestión de viejos principios. Lo decía siempre mi costilla: «Mira, Tom, lo que no se sabe nunca perjudica.»

—Gracias, señor.

—A mí, no. A ella, a mi buena costilla, que era una gran mujer. Yo por entonces, era piloto, y al morirse ella todo lo que me rodeaba me daba nostalgia. Me metí en este faro, donde permanezco tres meses, y uno descanso. Me acompaña mi hija Abigail.

—Yo me llamo... Frank.

—Bien, Frank, tienes cara de tío cabal. Y sin ser un lince, adivino que habrás pasado muy malos ratos.

Descansa ahora, y cuando lo creas oportuno, te largas.

—¿No le compromete?

—Yo tengo que dar parte a las autoridades navales de que estás aquí. Pero no es urgente. Puede esperar unos días más. No, no me digas nada. Allá cada cual con lo suyo. Me voy a dormir, y si necesitas algo ya vendrá Abigail, que está deseosa de charlar. Es natural. Aunque le gusta leer y coser, se aburre.

—¿Reciben prensa?

—Una vez por semana. Toca pasado mañana, con las provisiones.

—Gracias. Usted es un hombre bueno.

—Esto deseo. Hasta luego, Frank.

A solas, Briskin fue recordando todo lo que recientemente le había sucedido. Era urgente que se viera con Jenny Tyler…

En el umbral sonó una voz femenina.

—Hola, ¿qué tal?

Sobresaltado, miró Briskin hacia el umbral. Era una muchacha, una adolescente. Graciosa. Un rostro redondo, de sonrojadas mejillas y labios gordezuelos, como si entre ellos hiciera poco que hubiese permanecido un chupete.

Rubios cabellos, ojos azules y sonrisa infantil. Pero el busto era redondo y muy femenino. El short playero mostraba unas piernas esbeltas.

—Soy Abigail Murray.

—Y yo Frank… Gracias, Abigail. Tú me salvaste la vida, niña.

—Tengo diecisiete años, aunque parezca veinte, ¿eh?

Desde hacía dos años, Briskin no sabía lo que era sonreír. Ahora sonrió. Y la muchacha, riendo, acercóse.

—Dice mi padre que has debido pasar por el infierno. No se te nota cuando sonríes, Frank.

—Me hace mucho bien tu presencia, niña.

—¿Y por qué?

—Por tu voz infantil, por tu sencillez, por tu verdadera ingenuidad, y por haberme sacado del agua donde cobardemente me estaba abandonando a morir. ¡Y tengo que vivir para...! Siéntate, Abigail. Dime, ¿qué crees que me pasó?

—Mi padre me ha dicho que no te pregunte nada.

—Soy yo quien te pregunta.

—Yo, pues creo que tú tuviste un mal amor.

—¿Eh?

—Has estado delirando y llamabas continuamente a una tal Jenny.

—¿Qué más... deliré?

—Cosas raras que no entendí. Decías palabras como «trasplante», «capa de vampiro», yo qué sé...

—¿Y por qué estoy así? —preguntó Briskin, señalándose el torso desnudo.

—Al sacarte del agua estabas... pues eso, en calzoncillos.

—Ya. ¿Y los pantalones que llevo ahora?

—Son de mi padre. Te vienen algo cortos. Cuando quieras te puedes poner esta camisa y esta pescadora. También hay unas sandalias viejas. Toda tu ropa se quedó en el agua.

Vistióse Briskin.

—¿Tienes hambre, Frank?

—Horrores, niña preciosa.

Fueron tres horas sedantes, que casi hicieron olvidar a Briskin su tragedia.

Recorrió el contorno de la isleta, rio por los comentarios de Abigail Murray, y por fin la dejó pescando, que era su deporte favorito.

Se dirigió a la escalera de hierro que en caracol ascendía a la segunda plataforma de la torreta en la que acababa de ver a Tom Murray.

—Buenos días, señor Murray.

—Hola, Frank.

—He de irme.

—Tú sabrás.

—Quiero que sepa que no soy ningún criminal.

—Si lo hubiese creído, no te hubiese dejado con mi hija.

—Me agrada mucho oírle, Tom Murray.

Briskin cogió la diestra del marinero, estrechándola con fuerza.

—¿Qué te parece mi hija?

—No hay hombre en el mundo que se la merezca.

—Diste en el clavo, Frank. Es una perla, sin angustias vitales ni monsergas semejantes. Oye, preguntaste por los periódicos. Tengo de atrasados. Mi hija no los lee, y yo solamente leo la columna de las cosas dedicadas al mar. No he querido volver a hojearlos porque estoy seguro de haber visto tu retrato.

—¿Por qué no los hojeó?

—Porque los asuntos propios son ya bastante

complicados, para que encima nos metamos en los ajenos. Puedes leerte los atrasados, allá en aquel paquete, pero no me comentes nada. Puede que seas un famoso deportista, un político, un *gangster*… Allá tú, que no es asunto que me importe.

—Gracias.

—Si estás en apuros, y tu causa es noble, ven aquí, y si puedo ayudarte, cuenta conmigo.

—Hace mucho tiempo que nadie me ha hablado así, Tom Murray. Yo, algún día tal vez podré explicarle, o usted sabrá…

—Dentro de dos días tendré que avisar a la Comandancia. Tendré que describirte exactamente, con pupila de hombre de mar.

—Sí, señor. Es su deber. Pero, en estos dos días yo habré muerto, o podré volver aquí. Me gustaría aislarme aquí unas semanas.

—Está prohibido, pero se podría arreglar, muchacho.

Frank Briskin leyó cuanto se había escrito sobre su caso. Todo finalizaba en la notificación de la ejecución.

De todo lo que leyó, algo le llamó la atención:

> *El popular novelista Tony Jackson, en su calidad de agente de investigación de la Compañía de Seguros Fanil Boston, afirma que está siguiendo cuantas pistas pueden conducirle a desentrañar el misterio de las joyas desaparecidas en el doble*

asesinato del matrimonio Tyler.

Volvió Briskin a colocar los periódicos doblados en la estantería.

—Creo que volveré, Tom Murray. Y si no, sepa que le considero como a mi mejor amigo, y apenas nos conocemos.

—Treinta y tres horas cuentan a veces más que treinta y tres años, muchacho. ¿Eres de Boston?

—Nací en Boston. Mis viejos eran irlandeses.

—¡Vaya que me lo olí, Frank! Chócala y buena suerte.

En la playa, comentó Briskin:

—Es curioso, pero tengo la impresión de que te conozco de toda la vida, Abigail. Volveré, ¿sabes? Tengo ya algo que me interesa en la vida. Volveré.

—¿Te vas ya?

—Pero volveré, ¡vaya que sí!

Ella rio ante la imitación del tono paterno.

Mientras la canoa se alejaba de la isleta, sentía Briskin que morir era un error cuando existían seres tan humanamente sencillos como el barbudo piloto y su ingenua hija pescadora.

CAPÍTULO XII

Aquella noche, Tony Jackson trabajaba con entusiasmo febril.

Sus dedos índice repicaban el teclado incansables. Estaba inspirado.

En tales ocasiones bebía coñac, consumía café a profusión, fumaba incesantemente y pasaban las horas sin que se diera cuenta, lanzado en su carrera imaginativa.

Si era interrumpido por cualquier causa, tardaba bastante en recuperar su estado normal, porque seguía «ambientado» en lo que escribía.

Rezongó entre dientes cuando a mitad de una escena que él juzgaba altamente impresionante, resonó el teléfono.

Vivía en el ático de un modesto edificio en el barrio llamado Russian Hill. Un ático de dos habitaciones, con terraza.

En la que destinaba a estudio y que daba a la terraza, ahora, tras cuatro horas de trabajo, el humo era espeso.

Gruñó por el aparato:

—Tony Jackson a la escucha. ¿Quién?

—Necesito verle. Esta misma noche, Jackson.

—Primero, ¿quién es usted?

—Un pescador de Salem.

—Supongo que no vendrá a contarme su vida, creyéndola digna de una novela. Escuche, son ya las... once y cuarto. Estoy cansado. Nos veremos mañana.

—Es urgente.

—Dígame al menos de qué se trata.

—El robo de las joyas de los Tyler.

—Le espero. ¿Dónde está?

—En un bar frente a su casa.

—Suba. Le abro.

Colgó Jackson. ¿Un pescador de Salem?

Tal vez venía atraído por el anuncio en que prometía cien dólares por cualquier indicio conducente al hallazgo de las joyas que estaban siendo buscadas, inútilmente, por el río y el bosque.

Al sonar el timbre de su puerta fue a abrir.

La ropa prestada por Tom Murray daba a Briskin el clásico aspecto de un pescador de la costa de Massachusetts.

Invitó Jackson:

—Pase, amigo. ¿Un trago? No lo rechace. ¿Un pitillo? Bueno, a lo mejor fuma usted en pipa. En cambio, yo detesto la pipa, con la que hay que estar haciendo equilibrios entre los dientes. Siéntese, póngase cómodo y vayamos al grano.

Le tendió una copa de coñac, un cigarrillo, la llamita del mechero, y con las manos en los bolsillos de su vieja cazadora, empezó a pasear por delante del visitante.

Seguía aún «ambientado» y estaba todavía viviendo su argumento abandonado.

Tras beber, Briskin dejó la copa sobre la mesa-despacho. Respiró con cierto asco la atmósfera cargada.

Deteniéndose en sus paseos, comentó Jackson:

—No es usted muy charlatán que digamos, amigo.

Ya, ya... El clásico hombre de mar, taciturno, reservado... Perdone, tengo que tomar un apunte.

Fue Jackson a escribir algo en un mazo de cuartillas junto a la máquina. Al regresar, dijo extrañado:

—Su cara me recuerda a alguien. Estoy siempre ensimismado cuando escribo y tardo en razonar normalmente. Bien, usted me dirá lo que sepa sobre las joyas, ya que supongo viene a causa del anuncio que puse en el *Daily*.

—Me interesaba hablar con Jenny Tyler, y fui a su casa, pero no hay nadie.

—Hace ya tiempo que ella cambió de residencia. Pero la recompensa no la ofrece Jenny Tyler. La ofrezco yo.

—¿Dónde vive ahora Jenny Tyler?

—Eh, no hagamos las cosas al revés, amigo. Usted es el que ha venido a informarme a mí, no yo a usted.

—Es que necesito saber dónde vive ella.

—Apostaría lo que sea a que le conozco, amigo, y sin embargo, nunca he estado en Salem. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—No lo dije.

—Cierto. Al grano. ¿Qué sabe de las joyas de Tyler?

—Mucho. Sé quién las robó y quién mató.

—Esto no es saber gran cosa. Es de pleno dominio público que las robó Frank Briskin, asesinando a los Tyler. Lo malo es que Briskin se achicharró en la silla eléctrica sin haber confesado dónde escondió las joyas.

—No las escondió, por la sencilla razón de que no

las robó.

—¡Diantre! Habla usted con un aplomo y una seguridad, casi… trágicas. ¡Esta es la expresión! Desde que ha entrado, trataba yo de comprender qué era lo que me había chocado en su aspecto. Es esto… Una concentrada expresión trágica. Pero, volviendo al grano, ¿cómo puede afirmar tan gratuitamente que no fue Briskin el que robó?

—He leído que usted sigue pistas, como investigador de una compañía de seguros. ¿Qué pistas son?

—Las lógicas. Y hasta ahora no han dado resultado.

—Estará muy interesado en descubrir la verdad.

—¡Y tanto, amigo! Se trata de un seguro de medio millón que ha de pagar la compañía, si no se recuperan las joyas. Oiga, estoy cansado y mis sesos no razonan claramente, porque cuando usted me telefoneó yo estaba muy lejos, en un puerto francés, persiguiendo a un estafador internacional. Bien, hablo en sentido figurado, naturalmente, ya que se trata del argumento de una de mis novelas. Sírvase aclararme este punto: ¿dónde nos hemos visto antes de ahora?

—Le consideran un hombre inteligente y comprensivo.

—Gracias, pero si seguimos dialogando así, contestando a mis preguntas con otras, o con comentarios ajenos a lo que tratamos, terminaré por parecerle un cretino rematado.

—Si es cierto que es inteligente, lo que más preferirá será descubrir el paradero de las joyas.

—Naturalmente. ¿Qué sabe de ello?

—Si le digo quién las tiene, y usted le denuncia a la policía, nada se adelantaría.

—Yo no actúo como policía, amigo, no lo olvide. Comprenda bien que investigo para una compañía de seguros y me pagarán bien si hallo las joyas. No voy a denunciar nada a la policía.

—Esto quiero. Tener la certeza de que no irá a la policía, porque si tal hiciese, preferiría matarle ahora mismo.

—Oiga, oiga… Mi coñac es fuerte, pero no tanto… ¿Quién de los dos está borracho?

—Yo le puedo aclarar todo, si me ayuda.

—Cuente conmigo. He oído toda clase de confidencias y no soy un confidente de la policía. A mí, lo único que me interesa es recuperar las joyas. ¿Dónde están?

—Escuche, Jackson, si me decido a hablar, ya no saldré de aquí, y por espacio de días u horas tendremos que actuar juntos. Podría usted sucumbir a la tentación de revelar…

—Abrevie. Concretamente, ¿qué es lo que quiere?

—Primero, saber dónde está Jenny Tyler. Segundo, un compañero decidido para registrar una casa de campo. Yo solo, podría… ser presa de un poder monstruoso, ultra terrenal…

—Vamos, vamos, amigo. ¿Qué enredo es éste? Y por última vez, ¿quién es usted?

—Saque las manos de los bolsillos. Podría tener un arma, y por sacudida nerviosa, dispararla.

Mostró Jackson sus dos manos abriéndolas ante el

semblante de Briskin, que casi chilló:

—¡No haga esto, no lo haga!

—Diantre... Creo que sus nervios están averiados, amigo. Los míos, por ahora, no tienen la menor sacudida de ninguna clase.

—¿Sí? Siéntese.

—¿Por qué voy a sentarme? Me parece, amigo, que se ha equivocado de piso. Es en el primero donde tiene su consulta el médico.

—¿Tiene por casualidad algún periódico de abril, entre las fechas doce y diecisiete?

—De estas fechas tengo revistas.

—¿La *Tribunal Stories*?

—Claro que sí. Los procesos me proporcionan buenas ideas de arranque.

—Hágame el favor de coger la revista del día catorce, y mirar en la página ocho.

—¿Qué capricho le dio, hombre?

Dirigióse Jackson a su biblioteca. De un estante eligió una revista. La abrió. Al llegar a la página indicada por Briskin, vio tres fotos, con el siguiente pie:

> «Frank Briskin, al ser conducido al coche celular. — Frank Briskin escucha la sentencia de muerte. — Una reciente foto del ex entrenador de rugby.»

—Bien, ¿y qué? Son fotos de Frank Briskin, que... ¡Sopla, caray, qué broma más bestia!

Tony Jackson dejóse caer en un butacón, mirando alelado a su visitante. Por fin, murmuró con voz apagada:

—Tendría que romperle la cabeza, amigo, por pegarme este susto. Ya veo, ya me doy cuenta de que es usted el vivo retrato de Briskin, y si quiere explotar este parecido físico vaya a Hollywood, ¡maldita sea!... Cuando escribo tengo siempre los nervios en tensión. Oiga, le habrán molestado muchas veces, ¿no es así?, confundiéndole con Frank Briskin.

—Es que yo soy Frank Briskin.

—¡Y yo, Napoleón Bonaparte! Vamos, hombre... Escuche, pescador de Salem o del demonio... Es ya medianoche, hora poco propicia para bromas de este género. Por última vez, ¿qué sabe de las joyas?

—Empezaré por el principio. Tómelo como un argumento más para sus novelas. La noche en que los Tyler fueron asesinados, Jenny Tyler me llamó por teléfono para que acudiese a buscarla a su casa.

Siguió explicando lo sucedido aquella noche, mientras Jackson escuchaba, primero con aburrimiento, pensando que en el mundo actual había una inmensa manada de locos sueltos.

—...La prensa diría que fui ejecutado, pero el elixir de Lancaster, combinándose con el golpe del celador, me hizo aparecer como muerto. Cuando recuperé el sentido, vi a Hamilton y a Barket.

Dilatados los ojos, exclamó Jackson:

—¡Ya está bien, amigo! Su relato es demasiado macabro, y además, es completamente inverosímil.

—Lancaster dice que cuando un invento aparece,

antes de ser publicado, y que la gente se acostumbra a verlo normalmente, provoca siempre el mismo comentario: inverosímil.

—Lo peor, amigo, es que usted habla con tanta fe, que cualquiera le creería. ¿Conque vio a Hamilton y Barket, los dos ejecutados?

Continuó explicando Briskin todo lo ocurrido en la lúgubre estancia de las cabezas diminutas, y la noche tormentosa, su fuga…

Cuando Briskin cesó de hablar, murmuró Jackson:

—Yo creía tener una imaginación volcánica, pero usted me supera.

—Yo puedo lograr que Jenny Tyler me confiese por qué me hizo objeto de tan horrible venganza. Después… iremos a visitar a Lancaster. Le necesito porque, a solas, tal vez Lancaster me hipnotizaría. Y por último, Jackson, por su alma, le juro que soy inocente. ¡Se lo juro!

—Lo que se trata de averiguar es si no está usted… loco, y se cree Briskin, amigo.

—Hay un medio fácil. Con el pretexto de que las necesita para seguir una pista de las joyas, pida la ficha de las huellas dactilares de Briskin.

—Las tengo… No, no puede ser, caray. ¡Briskin está sobradamente muerto!

Levantándose fue Briskin a buscar sobre la mesa, hasta encontrar una estilográfica entre cuartillas y paquetes de tabaco.

Fue vertiéndose gotas de tinta en las yemas, mientras Jackson tragaba saliva.

Aplicó Briskin las húmedas yemas sobre una

cartulina.

—Una lupa y compare, Jackson.

El aturdido Jackson sacó de una carpeta una ficha dactilar que contempló a través del lente de una lupa de bolsillo.

Sus ojos iban de la ficha policial a la cartulina recientemente humedecida.

Por fin, de sus manos cayeron la lupa y la ficha.

Sentándose, cerró los ojos, pidiendo:

—Sea amable, Briskin, y sírvame un dedo de coñac. Pero un dedo vertical, no horizontal.

—Entonces, ¿ya está convencido?

—Tanto, que apelo a todas mis fuerzas para no ponerme a chillar histéricamente.

—¿Me cree inocente?

—Si fuese el asesino no estaría aquí, sino que andaría estrangulando a Jenny Tyler, y después trataría de hacer lo mismo con Lancaster.

—¡Gracias, Jackson!

Tras beber con ansiedad, sonrió débilmente el escritor.

—Usted... está muerto, Briskin. Legalmente muerto. Y quiere volver a vivir normalmente. Yo le ayudaré por muchas razones..., aparte el premio en metálico que obtendré y la publicidad que me dará este asunto. Su caso es horroroso, único...

—Y no puedo presentarme a la policía.

—En efecto, porque antes necesita dos pruebas. Una declaración de Jenny Tyler, cosa que veo difícil, y otra de Lancaster, cosa aún más difícil. Si se presentase a la policía, Lancaster podría defenderse hablando de

catalepsia y delirios. Es un médico demasiado bien considerado para que le crean a usted. Le encerrarían de nuevo.

—Todo esto lo he meditado ya. Dígame ahora dónde vive Jenny Tyler. No la mataré. Se lo prometo.

—Déjeme pensar en el mejor medio posible de que usted vuelva a ser Frank Briskin, hombre libre. Déjeme pensar...

CAPÍTULO XIII

Tony Jackson, vigorizado por la ducha y tres tazas de café, no pudo aún evitar cierto estremecimiento al mirar a Frank Briskin.

—Vámonos. Este sueñecito de ocho horas me ha dejado como nuevo. Es pronto, pero Jenny Tyler no se extrañará de la visita.

En la calle, agregó Jackson:

—Métase bien al fondo del taxi, Frank. No quisiera que algún memorión recordase su cara. Y aguántese las ganas de subir conmigo a visitar a Jenny, porque lo echaríamos todo a perder.

Rio entre dientes.

—Pasará ella un mal rato cuando se le aparezca usted. Es un método bestial, pero ella no fue precisamente un ángel de bondad para usted.

Jenny Tyler estaba acabando de rellenar sus maletas, cuando la criada introdujo a Jackson.

—Buenos días, señorita Tyler, y disculpe la hora temprana.

—No tiene importancia. Precisamente este mediodía embarco con rumbo a las Bermudas. He estado enferma, sufriendo alucinaciones, y necesito una temporada de reposo.

—Venía a rogarle que me acompañase a un lugar, donde hay un individuo que pretende haber encontrado las joyas. Pero pide mucho y yo prefiero que trate usted con él.

—En estos momentos mi único deseo es partir lejos de aquí y olvidarme de cuanto se refiera a la tragedia.

Además, la cuestión de las joyas es puramente un asunto de la incumbencia de la compañía de seguros que usted representa.

—Es que este individuo de que le hablo, pretende que no fue Briskin quien robó las joyas.

Ella parpadeó nerviosamente.

Por fin, tras un intervalo de silencio, comentó:

—Que se dirija a los federales.

—Yo creo que le sería conveniente hablar con él, porque, al parecer, es un chantajista. Me contó cosas muy extrañas, tales como, por ejemplo, que interceptó una llamada de usted a Briskin hacia las ocho y cuarto de la noche en que…

Atajó ella, trémulos los labios:

—¿Qué pretende usted insinuar?

—¿Yo? Nada en absoluto.

—Desde que ha entrado le he observado un aspecto de reprobación, casi de repulsión, como si yo le inspirase repugnancia.

—Exceso de imaginación, señorita Tyler. Usted, lo que me inspira, es lo natural en todo hombre ante una obra de arte femenina. Pero insisto en que, por su propia conveniencia, acalle al chantajista que aguarda en mi piso.

—Los chantajistas van a la cárcel, y usted no debería ignorarlo, puesto que escribe novelas policíacas.

—Por esto mismo, tampoco ignoro que cuando un chantajista habla con la policía, les despierta un repentino afán de investigar.

—¿Y qué? Mi conciencia está tranquila.

—Hay un inconveniente. Yo me veré obligado a decirles a los federales que usted se marchó de viaje, precisamente cuando le propuse apabullar a quien pretende que usted llamó a Briskin citándole en su casa, la noche del crimen.

—Esto lo dijo ya Briskin, y los federales lo conceptuaron una burda calumnia insostenible. Y usted, Jackson, empieza a resultarme antipático y malintencionado.

—Vaya… Lo siento, y casi me gustaría decirle que es recíproco, pero de pequeño me afirmaron que hay que ser cortés con las damas. Si cambia de idea, y decide venir un instante a mi piso, aquí le dejo mi tarjeta con la dirección. El otro esperará hasta el mediodía.

—Es posible que vaya… acompañada por la policía.

—Cuantos más seamos, más reiremos. Hasta luego.

En el taxi, explicó Jackson el resultado de la entrevista mientras regresaban a su domicilio.

En el ático, comentó:

—Es posible que ella venga con la policía, Frank. Si acaso llegan, tú, por las azoteas, puedes esconderte en otro edificio. Oye, me estoy metiendo en un lío espantoso, pero es porque creo plenamente en ti.

—Y yo te lo agradezco muy de veras, con toda el alma.

—Lo cual no impedirá que, si por azar se presenta Jenny a solas y ocurre lo que hemos planeado, como primer paso yo intervendré, si intentas la menor violencia física contra ella. Muy razonable, pero que no puedo permitir. Y como tus músculos son muy

superiores a los míos, tendría que dispararte, ¿estamos, muchacho?

—Estamos. No habrá disparos en este caso. Tal vez los haya cuando visitemos a Lancaster.

—Ahora indagaré qué barcos salen para las Bermudas.

Briskin pasó a la habitación del fondo.

Fue ajustando las cortinas, y encendió una lámpara de pie, cuya pantalla mitigaba mucho la luz rojiza.

Pasaron dos horas.

Sonó el timbre. Entreabriendo la puerta de la habitación, dijo Jackson:

—Ella. A solas. Suerte. Y no la mates del susto. Aunque procuraré prepararla.

Jenny Tyler, elegantísima en su vestido de modelo exclusivo, dijo al entrar:

—Me queda una hora para tomar el barco, Jackson. Abreviemos. Veamos quién es este desconocido chantajista.

—Siéntese, mientras viene mi amigo.

—¿Su amigo?

Lo dijo ella desdeñosamente, sentándose, cruzando las piernas y sacando del bolso una pitillera-encendedor.

Dijo Jackson:

—Este caso es único. Yo buscaba unas joyas, partiendo de un error.

—Sus errores no me interesan, Jackson.

—Saber enmendar nuestros errores es una actitud magnífica, si es que me acepta una...

—Su charla de novelista barato jugando a

misterioso, me irrita. Llame de una vez a su amigo.

—Yo de usted me bebería este cordial. Es un gran sedante para los nervios. Hágame caso. Bébalo.

—No necesito ni quiero sus cordiales. Su comportamiento resulta absurdo. Está usted pálido, nervioso...

Jackson se bebió el sedante que ofrecía.

Ella le miraba sorprendida.

—Empiezo a arrepentirme de haber venido. Lo menos que puedo decirle, Jackson, es que sus excentricidades son de mal gusto.

Jackson señaló la habitación contigua, cuya puerta estaba entreabierta.

—Mi amigo la espera.

Levantándose, encogió ella los hombros con cierto desdén.

—¿No asiste a la entrevista, Jackson?

—Oh, no... Es algo muy privado.

Entró ella en la habitación.

Jackson cerró la puerta, suavemente, desde fuera.

Descorrió la improvisada mirilla que le permitía ver el interior de la habitación.

Jenny Tyler daba unos pasos, confusa, en aquella penumbra.

Solamente estaba tenuemente iluminado un sillón cerca de la lámpara de pie.

Vio ella primero unos pies calzados con sandalias masculinas. Y sus ojos, ya acostumbrados a la penumbra roja, se dilataron espasmódicamente.

Echóse hacia atrás, tendiendo hacia adelante las dos manos crispadas.

Y sin gritar, se desplomó sobre la mullida alfombra.

CAPÍTULO XIV

Frank Briskin acomodó a la desmayada en el sillón.

Colocando bajo sus fosas nasales un inhalador, fue diciendo:

—No soy ningún fantasma, Jenny. Soy simplemente Frank Briskin. No soy ningún fantasma.

Entre sacudidas y sobresaltos nerviosos, largos temblores recorrían el cuerpo de Jenny Tyler.

—No soy un espíritu, Jenny, sino Frank Briskin en carne y hueso. La prensa dijo que me habían electrocutado, pero la verdad, como queda a la vista, es que escapé. No quiero vengarme ni hacerte ningún daño.

Ella pestañeó, pero no abrió los ojos.

Pero estaba tensa, con todos los miembros rígidos.

Inclinado sobre ella, Briskin seguía hablando:

—Me oyes perfectamente, Jenny. Te necesito para que me ayudes a escapar. No logro comprender, ni nunca lo comprenderé, el motivo que te hizo acusarme. Puedes abrir los ojos sin miedo, Jenny. La prensa se hartó de proclamar que yo era un individuo brutal, violento. Pero si no te he matado ya, es porque no voy a hacerlo, mujer. Ayúdame a escapar.

Con un hilo de voz, susurró ella:

—Frank Briskin...

Abiertos los ojos, resaltaba el verde de sus pupilas, la roja mancha de sus labios y la intensa blancura de su faz.

Sombrío, Briskin estaba sentado en un brazal del sillón que ella ocupaba.

—Sería largo explicarte cómo hui. La policía lo ignora.

—Fue… ¡fue Lancaster! ¡Aquella voz en su despacho, era la tuya! ¡Es horrible…!

—Lo horrible fue el destino al que me condenaste. Y lo más extraño es que sea yo tan imbécil que, al verte, sienta deseos de besarte, de acariciarte… ¡Esto es lo horrible!

—¿Por qué Jackson no te ha…?

—No me ha denunciado porque a él solamente le interesa descubrir el paradero de las joyas.

—¿Qué pretendes… de mí, Frank?

—Me llevaste a la muerte. Llévame ahora a la vida. Ayúdame a escapar.

—Me das miedo, así, tranquilo, sosegado…, como un ser que vuelve del otro mundo. Me volveré loca, Frank, me volveré loca.

—No es posible, porque creo que lo estabas ya cuando hiciste toda aquella comedia, trágica, porque suponía mi condena a muerte.

—Yo no quería…

Se interrumpió ella, para añadir:

—¿Por qué me has atraído aquí, Frank?

—Es mi escondite.

—Tengo mi coche abajo. Pero te pueden reconocer. Yo te ayudaré a escapar, pero te pueden reconocer.

—Todo el mundo da por cierto que Frank Briskin está más que muerto, Jenny.

—Jackson te habrá dicho que me voy a las Bermudas en el *Nantucket.*

—Me dijo que te ibas. Pero confié en que vendrías,

por curiosidad.

—¡Esto es increíble! He sufrido mucho, Frank.

—Yo, no. Yo lo pasaba fenómeno. Disfrutaba horrores.

—Tienes que perdonarme.

—Te dije una vez que nuestros destinos iban a fundirse. Ya lo están. Con otro nombre, emprenderé una nueva vida en el extranjero, y tú vas a ayudarme.

—¡Haré lo que quieras! Y sabrás comprenderme cuando te explique lo que ahora no puedes entender.

—Iremos a tu coche dentro de unos instantes. Yo no tengo equipaje. Pedirás a bordo un camarote anexo al tuyo, a nombre de quien mejor te parezca. El nombre que elijas será el que adoptaré definitivamente.

—Jackson puede comprar tu pasaje, Frank. Llámale.

Levantóse Briskin, interpelando:

—¡Jackson!

Entró el escritor, comentando:

—Celebro que la entrevista se haya desarrollado sin incidentes. No quiero pasar por cínico, pero a mí lo único que me interesa son los setenta mil dólares que me pagarán cuando recupere las joyas. Yo no sé nada, ni nunca he visto a ese hombre, ni nunca ha estado usted aquí, Jenny.

Jenny Tyler sacó de su bolso un fajo de billetes que entregó a Briskin, quien dijo:

—Sacas un pasaje en el *Nantucket*, junto al camarote... ¿Qué camarote es, Jenny?

—Tome mi pasaje, Jackson. Si no hay uno al lado,

saque dos nuevos camarotes. Iremos dentro de un cuarto de hora al muelle de embarque. Allí podrá entregarnos los pasajes.

Sonrió Jackson:

—Luego me acusarán de imaginativo, y siempre se repite la archisabida frase de que la realidad supera a lo ideado. Hasta luego.

Abandonó el cuarto.

Levantándose, murmuró Jenny:

—Pasemos a la otra sala, Frank. Esta oscuridad no me gusta.

—Como quieras.

En la sala contigua, Briskin encendió un cigarrillo.

Suspiró ella y disimuladamente pasó ante las dos puertas, para comprobar que el ático estaba solamente ocupado por ellos dos.

Sentóse, tratando de dominar el temblor de sus manos.

—Por más que te miro, Frank, me es imposible creer que eres tú.

—Tu reacción ha sido bastante sensata, Jenny. Creo que estás muy segura de ti y de tu belleza.

—Yo no quise que te acusasen del asesinato, por cuanto supuse que, al aclararse la identidad del verdadero asesino, sólo tendrías que defenderte de haber intentado violentarme…

—Bien te consta que nada intenté. Estamos solos, Jenny. Podemos hablar como lo que somos. Yo, un hombre que por desearte apasionadamente, renuncia a vengarse. Tú, una hermosa mujer, pero rematadamente loca.

—No estoy loca.

—Es la única explicación que puedo dar a tus actos de aquella noche que supuso mi perdición.

—¿Tú sabes lo que es amar por vez primera?

—Estás viva y hablándome, Jenny. Es la mejor respuesta a tu pregunta. Te he odiado intensamente, pero con la misma intensidad te amo.

—Yo sentí amor por vez primera ante un hombre que se llamaba Kirk Lorimer.

—¡Kirk Lorimer! Este fue... ,

—El hombre que tú mataste en Chicago.

—Lorimer y sus matones pretendieron desplumarme como a un provinciano. Después se confabularon para intentar darme una paliza. Me limité a defenderme. No fue culpa mía si no pude emplear guantes. Pegué con toda mi alma, y el que salió peor librado fue Lorimer. Murió en el hospital, de conmoción. A muchos otros había él mandado al otro mundo, sin motivo alguno. Yo me limité a defenderme de una agresión.

—Kirk Lorimer fue el hombre que amé. Le esperé en vano, y en cuanto supe que un tal Frank Briskin le había matado, decidí hacer padecer a Frank Briskin mil torturas morales. Pero no pretendía que te... condenasen a muerte.

—Pudiste evitarlo al ver que no descubrían al asesino.

—Estaba abatida. Me puse enferma. Me afectó mucho la muerte brutal de mis tíos.

—Tanto te afectó que cuando supiste que habían muerto me telefoneaste para que fuese a tu casa, y

después acudiste a mi encuentro para que te llevase al bosque, dejándome a solas, para, yo no sé cómo, aparecer poco después atada y con muestras de violencia.

—Todo pasó ya, Frank. Estás vivo… Yo te haré olvidar. Si quieres, puedo ir a la policía y declarar la verdad.

—Ya es tarde, Jenny. Una situación muy grotesca.

Miró ella su reloj, exclamando:

—¡Faltan veinte minutos, Frank! El muelle está lejos. Vamos.

Cogió él un maletín cerrado que estaba sobre la mesa. Dijo:

—Bajaré solo, y te esperaré en el coche. Llama mucho la atención tu belleza, y yo también podría llamarla acompañándote. Al subir al barco será distinto, porque habrá mucha gente.

—Como quieras, Frank. De ahora en adelante, sólo he de vivir para hacerte olvidar.

Salió Briskin.

Jenny Tyler fue a consultar el listín telefónico, marcando luego nerviosamente, y al obtener comunicación, indagó:

—¿Doctor Lancaster?

—Yo mismo.

—En el *Nantucket* emprenderé viaje a las Bermudas en compañía de quien usted sabe.

—¿De quién?…

—Del hombre que me escribió aquella carta, que usted fingió eran alucinaciones mías. Elija. O vuelve a desaparecer este hombre, o tendré que acudir a las

autoridades.

—Gracias por avisarme, señorita Tyler. Le garantizo que quedará usted libre de un testigo tan comprometedor.

Ahorquilló ella el aparato, alterada la respiración.

Se sobresaltó al abrirse la puerta del ático y aparecer Jackson acompañado de Briskin.

Dijo Jackson:

—Mala suerte. No hay camarotes libres.

Respirando afanosamente, trató ella de dar firmeza a su voz:

—¿Qué decides, Frank?

—Nuestros destinos están unidos. Esperaremos otro barco. Mientras, te alojarás aquí. Jackson no tiene inconveniente.

—Voy a volverme loca —musitó ella—. Tengo alucinaciones, Frank. Leo en tus ojos ansias de matar...

Intervino Jackson:

—Calma, calma, Jenny. La situación es rara, pero cosas más raras se ven y se viven. Yo emprendo un viajecito, y hasta mañana que podéis coger pasaje en avión, sois dueños del ático. Adiós, amigos.

Volvió Jackson a salir.

Jenny Tyler dejóse caer en el diván, cogiéndose la cabeza entre las manos.

—Te tengo miedo, Frank.

—¿Por qué? Yo te tengo lástima.

—¡Vayamos a la policía, y lo declararé todo!... Todo, cualquier cosa antes que esta pesadilla.

—La pesadilla te la forjaste tú misma. Y ahora, dime, ¿por qué telefoneaste a Lancaster? ¿Por qué?

—Pretendes enloquecerme, estás jugando conmigo antes de matarme…

—El teléfono estaba conectado con la centralilla de la portería, de donde no se movió Jackson, que no fue a buscar pasaje alguno. ¿Para qué telefoneabas a Lancaster? ¿Es tu cómplice en el asesinato de tus tíos?

—¡No! ¡No!

Sollozos de terror sacudían a Jenny Tyler.

—¡Me estás torturando, Frank!

Se levantó ella de pronto, corriendo hacia la cristalera.

La retuvo Briskin por los codos, que fue empujándola hacia la habitación.

—Eres tu propia víctima, Jenny. Tendré que atarte. Permanecerás aquí hasta que yo me entienda con Lancaster. Ni quiero que en un ataque de histeria te suicides, ni tampoco que avises a Lancaster, ni quiero que la policía asome hasta que no haya yo aclarado todo este macabro asunto que nació de tu complicada venganza.

Sollozando histéricamente, cerraba ella los ojos, mientras Briskin, con varias corbatas, sujetaba sus tobillos y muñecas a los barrotes de la cama, donde la tendió.

—Avisa a la policía, Frank. Yo declararé toda la verdad.

—Les dirías que volví a intentar abusar de ti. Ten calma, Jenny. Ahora siento por ti más lástima que odio.

Abandonó Briskin la alcoba.

En el despacho señaló Jackson el maletín

cuadrado:

—Ya has conseguido la primera prueba, Frank. La grabadora ha registrado cuanto dijo Jenny Tyler.

—No basta. Podría ella alegar que, temiéndome, me siguió la corriente. Es imprescindible que pueda presentar a mis jueces a Fred Hamilton. Es preciso que Lancaster se vea confrontado a evidencias indiscutibles. Cuando vean a Hamilton sometido a corrientes... ¡Mi cinturón!

—¿Eh? ¿Qué diablos pasa ahora?

—¡Mi cinturón! Lancaster dijo que algo había que, aunque huyera yo, le señalaría mi escondrijo. Y recuerdo que algo me apretaba la cintura sobre la misma piel. ¡Perdí aquel cinturón señalador en el faro!

—Bien, pues mejor para ti que así sea.

—¿Es que no comprendes? En el faro está la muchacha más adorable del mundo.

—Bien, bien. ¿Quieres ir al faro?

—¡Inmediatamente!

—Vete al náutico *Ferragut* y entrega esta tarjeta. Pides la canoa número quince. Es mía. Echa las cien millas como si nada. ¿Sabes conducir una canoa?

—Sí. Volveré en seguida, cuando compruebe que no le puede pasar nada a Abigail Murray.

Cuando ya hacía instantes que se había ido Briskin, murmuró Jackson:

—Si esto no es amor apasionado, que me aspen. Dirigióse al mueble-bar, sirviéndose una copa de coñac. El cristal tocó sus labios, cuando una voz femenina, resonó autoritaria a sus espaldas:

—¡Levante las manos, Jackson! Es su revólver y he

comprobado que tiene seis balas.

CAPÍTULO XV

Giró Jackson lentamente, gruñendo:

—Debí atarte yo, Jenny, y no dejar la labor a un antiguo enamorado. Bien, ¿qué vas a hacer ahora?

—Disparar si te mueves mientras telefoneo.

Jenny Tyler se aproximó a la mesa, alzando el aparato. Marcó dos números:

—¿Información...? Bien... Es urgente. Comuníqueme con el Departamento Federal de Investigación. Aguardo.

Jackson, con las manos en los bolsillos, comentó:

—Este revólver no tiene percutor, Jenny. Me lo regaló un policía para que me inspirase ideas criminales, pero sin que pudiera llevarlas a cabo.

—Acércate y lo comprobaré apretando el gatillo.

—Esperaré primero a ver qué vas a decirles a los federales.

Sin dejar de encañonar a Jackson, preguntó ella:

—¿Quién?

—Teniente Daniels al habla.

—Soy Jenny Tyler. Tengo que hacer una confesión.

—Un momento. Dígame dónde se halla, porque no tienen valor jurídico las declaraciones telefónicas.

—Estoy en el ático del número setenta y dos de la avenida Cocknill, en el domicilio de Tony Jackson. Urge que venga, con referencia a Frank Briskin, injustamente acusado.

Al otro extremo del hilo cortaron precipitadamente.

Preguntó Jackson:

—¿Puedo servirte un combinado tónico, Jenny? Para esta llamada, no era preciso amenazarme con un revólver cuyo percutor no funciona.

—Ya no me resultas tan antipático.

—Ni tú a mí, porque ya sé que actuaste con un motivo excusable. Después, si no evitaste la ejecución, era porque el peso de los convencionalismos bostonianos gravitaba sobre tus hermosos hombros. Este combinado de menta, angostura y jerez es una de mis creaciones sublimes…

En la calle aulló una sirena agudamente, deteniéndose con brusquedad.

—Estos muchachos son veloces. Y ahora, Jenny, procura ser coherente o te van a tomar por loca. Y a mí, de momento, me llamarán entrometido y otras cosas peores.

Apenas resonó el timbrazo abrió Jackson.

Entraron dos individuos, el primero de los cuales indagó:

—¿Señorita Tyler?

Jenny, con el revólver en la diestra, señaló a Jackson:

—Esposen a este hombre por complicidad con Frank Briskin.

Atónito, masculló Jackson:

—¿Eh? Pero… ¿qué pasa ahora?

El otro agente federal estaba ya tras él. El teniente Daniels especificó:

—Vigílalo. Lo esposas si se mueve.

—¡Diantre! Oigan, oigan…

—Calle, Jackson —conminó el agente tocando la

espalda del aturdido Jackson con el cañón de su pistola.

—Aclare su llamada, señorita Tyler —solicitó Daniels.

—Este hombre me ató a la cama, y, para evitar tener que emplear esta arma, telefoneé diciendo que tenía que hacer una confesión. ¡Frank Briskin vive!

El teniente Daniels frunció el ceño.

Prosiguió ella:

—Esta mañana iba yo a emprender un viaje, cuando este hombre me invitó a venir aquí, con el pretexto de que esperaba un individuo que podía informar sobre las joyas robadas. Llegué... ¡y era Frank Briskin!

—Frank Briskin murió de colapso cardíaco minutos antes de ir a sentarse a la silla eléctrica. Una muerte certificada por el forense y por el doctor Lancaster. Usted, señorita Tyler, sufrió últimamente una grave postración nerviosa, y...

Gritó Jackson:

—¡Frank Briskin vive!

Gruñó Daniels:

—¡Cierre el pico! Como siempre, estará empapado en coñac. Nos conocemos ya, Jackson. Cálmese, señorita.

—Le aseguro que Frank Briskin está vivo y va a venir.

—Bien, bien, como quiera... Yo estoy de guardia y puedo esperar. Oye, vigila a Jackson porque me parece algo sobreexcitado.

—Más se van a sobreexcitar los dos cuando vean

entrar por esta puerta a Frank Briskin. Y para entretener la espera, busque en aquel armario. Encontrará un magnetófono. Póngalo en marcha y escuche. ¿Conoció a Frank Briskin?

—Si.

—Su voz era especial, ¿verdad? Áspera, bronca, como si tuviera la garganta forrada de bronce. Escuche la voz de la grabadora.

Daniels, encogiéndose de hombros, sacó del armario la maleta, abriéndola al colocarla sobre la mesa.

Empujó la palanca de conexión que hacía rodar la cinta.

Soltó una imprecación.

La voz característica de Briskin iba diciendo:

—«...No soy ningún fantasma, Jenny. Soy simplemente Frank Briskin...»

Cesó el movimiento giratorio al brusco golpetazo que con el índice dio Daniels, empujando la palanca de cierre.

—¡Hable, Jackson! ¿Qué significa todo esto?

Replicó Jenny:

—Yo tuve que seguirle la corriente a Briskin, porque de lo contrario me hubiese estrangulado.

—Si se descuidan los dos, es posible que la estrangule yo —gruñó Jackson ferozmente—. Hay en la grabación alusiones a un tal Kirk Lorimer. El primer amor de Jenny.

—Hable más claro, Jackson.

—Frank Briskin se proponía visitar al doctor Lancaster para atrapar a Fred Hamilton y a Jim

Barket, que están muy vivos.

—¡Por todos los infiernos terrenales! ¡Hamilton y Barket fueron electrocutados! Tolero que la señorita Tyler diga absurdidades, pero usted, Jackson, me las va a pagar si persiste en hacer el idiota contando delirios de borrachín.

—No se sobreexcite, teniente Daniels. Y dígale a su compañero que no me rasque las costillas con su herramienta. Están disfrutando de las primicias del caso del siglo.

—Este supuesto Briskin, ¿dónde anda ahora?

—Se dirigía a la isleta del faro de Salem.

—Foster, quédate custodiando a Jackson. Usted, señorita Tyler, tenga la bondad de acompañarme.

* * *

El petardeo de un motor acercándose a la isleta hizo alzar la cabeza a Tom Murray. Su hija, que estaba sirviéndole café, exclamó:

—¡Sólo puede ser Frank!

—Vete a verlo.

Abigail Murray corrió escaleras abajo.

Llegó al embarcadero cuando la canoa se inmovilizaba.

—Hola, Frank.

—A música me suena tu voz, Abigail. ¿Estáis bien?

—Magníficos, como siempre, Frank. Vamos arriba. Mi viejo lobo de mar está tomando café.

Ella le cogió la diestra. Una extraña emoción nunca experimentada invadió a Briskin, mientras seguía a la muchacha.

Tom Murray, sonriente, agitó la pipa, al entrar el

visitante.

—Hola, muchacho. Siéntate, vas a probar el café más café de tu vida. Tú, niña, no te quedes ahí mirando como una pasmada. Sirve café a nuestro amigo.

—Oiga, señor Murray, ¿no encontraron por casualidad un cinturón en la isleta?

Fue Abigail la que replicó:

—La resaca echó tu ropa, Frank. La he planchado, pero está llena de desgarrones. No encontré ningún cinturón.

—Vaya, pues lo celebro. Bien, ya me comprenderán cuando pueda explicarme. Recuerde, señor Murray, que me prometió que podría tomarme unas vacaciones aquí.

—¡Lo que un Murray promete, es irrebatible! —sonrió Abigail.

Remada por Fred Hamilton, una lancha en cuya proa se sentaba Eliot Lancaster, iba acercándose a la isleta.

Paladeadas ya dos tazas de café, repitió Briskin:

—Bueno, ahora sí que tengo que irme.

Imploró Abigail:

—Espera un momento más, Frank. He de decirte que cuando te vi en la canoa, mi corazón dio un vuelco…

—¡Eh, eh! —atajó Tom Murray—. El vuelco te lo voy a dar yo de un tortazo. Discúlpala, Frank. Habla sin meditar lo que dice.

—Y esto es lo delicioso, señor Murray. Tenía ansia de sencillez, de naturalidad. Y si me toma por un

estúpido conquistador, pégueme duro, señor Murray, pero yo también al ver a Abigail sentí que ella lo es ya todo para mí… Ella es la ilusión de mi futuro… Un momento… ¿No oyeron nada?

—El mar entre las rocas, Frank —dijo Abigail, para añadir ansiosamente—: Sigue hablando, sigue…

—¿Crees que alguien te ha seguido, Frank?

—¡Quédense aquí, y por lo que más quiera, Tom Murray, no deje que Abigail salga de aquí! Y si tiene algún arma no deje que nadie entre. ¡Por su salvación, Murray, haga lo que le digo!

Salió Briskin corriendo.

Tom Murray ordenó lacónicamente:

—¡Quieta, niña! Cada hombre tiene sus razones.

Briskin descendía los escalones de hierro en espiral.

Se detuvo porque claramente le llegó el rumor de la puerta inferior de la torreta al abrirse.

No llevaba armas.

Crispó los puños, esperando.

Le débil luz de una linterna iluminaba los escalones por los que, lentamente, con gestos de autómata, iba subiendo Fred Hamilton.

En su diestra brillaba un largo cuchillo.

Lanzóse Briskin como una tromba, cogiendo con la diestra el brazo armado, mientras su puño derecho chocaba contra el mentón de Fred Hamilton.

Rodaron los dos escaleras abajo.

Quedaron inmovilizados en el rellano.

El cuchillo se acercaba a la garganta de Briskin.

Los ojos de Hamilton no tenían expresión humana,

mientras, inexorables, sin pestañear, encajaba los furiosos puñetazos.

Su mano izquierda asió por el cuello a Briskin.

Ambos resoplaban ruidosamente, con los rostros casi juntos.

El sudor inundaba la frente de Briskin, mientras que el semblante estático de Hamilton no tenía color ni expresión.

La punta del cuchillo rozaba la garganta de Briskin cuando, en esfuerzo hercúleo, logró colocar sus dos rodillas en contacto con el estómago de Hamilton, que le aplastaba con su corpulencia.

Arqueando la espalda, empujó hacia arriba.

La cabeza de Hamilton quedó aprisionada entre los barrotes transversales de la escalera de hierro.

El cuchillo rasgó el aire repetidamente, mientras, liberado, Briskin atrajo hacia atrás las dos muñecas de Hamilton.

Crujieron las clavículas, y dislocado un hombro, Hamilton quedóse quieto sin exhalar ni una queja.

Febrilmente, rodeó Briskin la cabeza de Hamilton con la americana de éste, atándole las mangas que sobrepasaban en aquella postura de las inertes manos.

Corrió hacia arriba, apremiando:

—¡Cuerdas, Murray!

—Cuerdas, Abigail —repitió el farero.

Al irse ella a la habitación de al lado, añadió Murray:

—Espero que no sean policías, ¿eh, muchacho?

—No lo son.

Regresaba Abigail con una madeja de bramante.

Cogiéndola, volvió Briskin a salir sin darse cuenta que ella le seguía.

Ató sólidamente a Hamilton.

Era su «prueba número dos» si continuaba en vida, y a saltos bajó el resto de la escalera.

Salió al exterior, mirando en torno, escrutando con ansiedad.

A su lado, murmuró Abigail:

—¿Qué sucede, Frank?

Dando vuelta a la base de la torreta apareció Lancaster.

Tendidos los brazos, abierto el vuelo de su capa negra, habló imperioso:

—No puedes luchar contra mí, Frank Briskin.

Convulso, cogió Briskin entre sus brazos a Abigail.

Levantándola en vilo, pretendió llevarla arriba.

Pero los ojos de Lancaster le infundían un pánico invencible.

—Frank Briskin, tu cuerpo carece de vigor. Estás paralizado, porque tus energías me pertenecen.

De su bastón extrajo Lancaster el acerado estoque que contenía.

Chilló Abigail:

—¡Pégale, Frank, que lleva un cuchillo! ¡Duro con él, Frank!

La voz de la muchacha pareció sobresaltar a Briskin, que, soltándola, saltó hacia delante.

Apartando de un manotazo la hoja cortante y sin percibir el dolor de la herida que se produjo.

Sus dos manos rodearon el cuello de Lancaster. Con saña, como si quisiera dejar de ver abiertos

aquellos ojos que le recordaban momentos horribles.

Cabeceó repetidamente contra el rostro de Lancaster, que con un giro de muñeca trató de perforar con su espadín la espalda del que estaba asfixiándole y cabeceándole el rostro.

La punta del acero penetró entre los omóplatos, pero no pudo hundirse mortalmente, porque Abigail mordía con ferocidad la mano de Lancaster.

Un nuevo cabezazo rompió la prominente nariz de Lancaster, quitándole los sentidos.

Cayó al suelo, y Briskin encima suyo.

Aproximándose, Tom Murray se arrodilló, rasgando la camisa de Briskin y examinando la herida.

—¡Corre, Abigail! Trae el botiquín. Se está desangrando.

Enronquecida la voz, murmuró tenuemente Briskin:

—Ate fuerte a este hombre... que tengo debajo... Llame a la policía... Si viene una mujer alta y fuerte... déjela sin sentido, porque... es cómplice de este infer...

Frank Briskin perdió la noción de todo.

CAPÍTULO XVI

El teniente Daniels ordenó:

—Pare junto a aquella ambulancia.

El coche frenó bruscamente junto a la ambulancia, al borde del embarcadero donde paseaba Lorna Parks.

Acudió Daniels en busca de una lancha.

Al acercarse el policía, Lorna Parks le miró impasible.

—¡Dígame, señora!… ¿No vio…? Perdón, no la había reconocido. Usted es la secretaria del doctor Lancaster.

—Sí.

—Soy el teniente Daniels. Perdone, pero resulta curioso que la encuentre precisamente aquí, cuando me dirijo a la isleta del faro.

—Espero al doctor Lancaster.

—Bien.

Dio media vuelta Daniels.

Pero sus reflejos instintivos eran muy rápidos.

Su nueva media vuelta fue más veloz que el gesto de Lorna Parks sacando una pistola con silenciador.

En el desierto embarcadero, venciendo sus escrúpulos, el teniente Daniels conectó un derechazo en plena barbilla femenina mientras su zurda retorcía la muñeca armada.

Resopló furioso.

—Bien, bien… Hoy me ha tocado una epidemia de locura.

Colocando las esposas, alzó casi en vilo a la aturdida Lorna Parks, empujándola hacia el coche.

—¡Joe! Hazte cargo de esta dama y me vigilas también a la otra. Esto se complica cada vez más. Vigílame bien a las dos. No las pierdas de vista, y al menor asomo de algo raro, pégales sin cumplidos.

Fue a ocupar una canoa perteneciente a un deportista de Salem.

Dirigiéndose hacia la isleta, mascullaba imprecaciones. Los acontecimientos se sucedían a ritmo vertiginoso, desbordando su comprensión.

Al saltar a tierra se encontró con una joven de rostro aniñado.

—¿Quién es usted?

—Abigail Murray, la hija del farero. Y ahí viene mi padre Tom Murray.

—Soy el teniente federal Daniels. Busco a... Bueno, quiero saber si hay alguien en la isleta además de ustedes dos.

—Suba a la torreta primera, y allí encontrará a dos hombres atados.

—Usted delante, Tom Murray. Hoy no veo nada claro.

En la primera torreta, contempló Daniels a los dos hombres tendidos. Se aproximó para observar el rostro magullado y sangriento de Eliot Lancaster, y gruñó asombrado:

—Este es el doctor Lancaster... ¿Y este otro quién es?

—No lo sé. Pero en la segunda torreta hay un desconocido, herido, quien podrá contestar a todas sus preguntas, ya que fue él quien apresó a estos dos. Yo y mi hija subimos a la última torreta.

Daniels siguió a ambos, viéndoles desaparecer escaleras arriba. Entró en el segundo rellano.

Se acercó a la litera donde, de bruces, yacía un hombre con el torso desnudo en cuya espalda había un apósito reciente y cuya mano derecha estaba vendada.

Irritado, interpeló Daniels:

—¿Quién diablos es usted?

Frank Briskin dio media vuelta sobre un hombro, y apoyándose en las almohadas, contempló en silencio al policía.

Daniels llevóse la mano a la boca, mordiéndose con fuerza el doblado pulgar, dilatados los ojos.

—Buenas tardes, teniente Daniels. El caso Tyler-Briskin está ya aclarado y resuelto.

—¡Y un cuerno! Se parece usted extraordinariamente a Briskin y al principio me llevé una fuerte impresión. ¿Es usted hermano gemelo de Briskin?

—¿No vio en la torreta primera a dos hombres atados?

—Vi a Lancaster con el rostro como un mapa.

—Baje y mírele la cara al otro.

—Usted puede andar. Acompáñeme, sea quien sea. Su parecido con Briskin es asombroso. Hasta su misma voz.

En la torreta primera, Briskin dio vuelta al cuerpo atado de Fred Hamilton.

Daniels volvió a morderse el pulgar.

—Un parecido asombroso con Fred Hamilton, ¿verdad, teniente Daniels? Pero se debe a que es Fred Hamilton.

Daniels se apoyó en la mesa.

Respiraba fatigosamente.

Abriendo lentamente los ojos, el doctor Lancaster, truncada la voz por las roturas dentales, habló cansinamente:

—Ha vencido un vulgar atleta. Tenía razón Lorna. La soberbia es el peor de los enemigos porque presta excesiva confianza. He perdido, pero la Academia de Medicina tendrá que reconocer...

—¡Oh, calle, cierre el pico! Todo este lío es para volverse loco. Usted, quien sea, ayúdeme a llevar a estos dos individuos a la canoa. En la ambulancia los transportaremos. Ya me irá explicando, y a ver si logro entender algo.

Abigail llegó en el momento en que Daniels, ya en la canoa, comprobaba la solidez de los bramantes que ataban a Lancaster y Hamilton.

—Frank, toma este jersey. ¿Cuándo volverás?

—Mañana, al amanecer. Sí, amanecerá, y tú estarás aquí mismo, como un rayo de sol, tibio, alegre...

—¡Vamos, usted, sea quien sea, vamos! —apremió Daniels, que sentía un imperioso deseo de beber hasta emborracharse.

En la ambulancia quedaron sujetos Lancaster y Hamilton.

Ordenaba Daniels:

—Joe, comunica al departamento que vengan dos compañeros para hacerse cargo de estas dos damiselas. Vigílalas.

Daniels ajustaba con esmero el cerrojo exterior de la ambulancia. Pasó al volante.

—Siéntese conmigo, usted.

Cuando Briskin quedó al lado de Daniels, éste añadió:

—Ahora, empiece desde un principio, poco a poco… Mire, será mejor que se ponga al volante. No estoy en condiciones de escuchar y a la vez conducir.

Se divisaban las luces de Boston cuando terminó Briskin su explicación.

Tardó bastante en comentar Daniels:

—Hamilton es la mejor prueba y, naturalmente, usted mismo, Frank. De lo contrario, ¿quién iba a creerme cuando vaya yo informando esta sarta de cosas raras? Por cierto, usted debe maldecirnos a todos nosotros.

—Se me va pasando la inquina. La acusación de Jenny Tyler era aplastante. Y los inventos de Lancaster, por serlo, no podían deducirse, ya que los mantenía en secreto.

—No podremos publicar la verdad, sin autorización de la Academia de Medicina, que dudo consienta.

—¿Qué importa? Yo estoy vivo, libre…, y estoy plenamente enamorado, pero esta vez enamorado de veras, sin artificios imaginativos. Si es preciso me iré de Boston y cambiaré de nombre.

La ejecución de Eliot Lancaster y Lorna Parks fue un secreto de Estado.

La casa de campo de los páramos de Quincy pasó a ser ocupada por varias secciones científicas.

Fred Hamilton, privado de las vibraciones que nutrían los trasplantes de sus centros vitales, murió en

la enfermería penal la misma noche de su ingreso.

Por falsa acusación, perjurio y contumacia, Jenny Tyler fue condenada a ocho años de presidio.

Lentamente, zozobró su razón, sumiéndose en la noche de la demencia.

Para Abigail, su esposo Frank se apellida O'Brien.

La historia que le contó Frank de lo ocurrido, es muy distinta a la realidad.

Pero para ella y para el ex muerto legal, el pasado no existe.

Ambos tienen el pleno convencimiento de que la vida empezó en el mismo instante en que se conocieron.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA S.A.
Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

Impreso en España
Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.